

58

El Cuento Semanal



ESPÍRITU PURO ≡≡≡

NOVELA DE SINESIO DELGADO ▣

ILUSTRACIONES DE A. LOZANO

8718-

30 Cents.

El Cuento Semanal

Se publica los viernes

Oficinas: Fuencarral 90 }
Teléfono 2054 } Madrid
Apartado de Correos núm. 409 }

AÑO II - 7 de Febrero 1908 - N.º 58

Precios de suscripción:

Madrid y provincias: Trimestre 3,25 pesetas.
Semestre 6 pesetas. Año 11.

Extranjero: Semestre 10 pesetas. Año 18.
Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos

Libros y revistas

Psicología de la moda femenina, por E. Gómez Carrillo — Pérez Villavicencio, editor, Madrid.

Gómez Carrillo, el admirable cronista, bien conocido y querido por los lectores de *El Liberal*, acaba de enriquecer la «Biblioteca Económica Selecta» del editor Pérez Villavicencio con un libro titulado *Psicología de la moda femenina*, libro lleno de interés, de gracia y de elegancia; un libro que habla de mujeres de buen tono, de encajes, de los modistos geniales de la «rué de la Paix», á la hora en que las parisinas se detienen extasiadas ante los escaparates de los joyeros, de las maniqués vivas de Redfern, de Doucet y del inmortal M. Paquin.

Este libro de Gómez Carrillo sólo puede ser escrito en París. La moda femenina, ese arte frívolo y transcendental, esa amable tiranía, nace en París y de París llega, triunfante, á todos los países.

Nada vamos á decir ahora del estilo de Gómez Carrillo. Este libro, como todos los suyos, es galante y encantador, y nuestras damas deben leerlo como un breviario de elegancia.

Consultorio Grafológico GRACHTNER

A. Romeu, Barcelona. — Imaginación muy viva; gran amabilidad; claridad de espíritu; aptitudes organizadoras; voluntad pacienzuda; lógica; prudencia extraordinaria; carácter poco expansivo; gran satisfacción de sí mismo; naturaleza que se entusiasma fácilmente.

Francisco Alemán. — Inteligencia cultivada; sensibilidad apasionada; nervosismo; actividad física febril; naturaleza exagerada en todo; actividad intelectual; gran facilidad de asimilación; espíritu lógico; temperamento muy sanguíneo.

Ambrosio García. — Sensibilidad que se domina; vivacidad y nervosismo; naturaleza impresionable y melancólica; carácter expansivo; bondad; gran amor á la discusión; sentimiento del deber; temperamento nervioso-sanguíneo; inteligencia viva y activa; habilidad para los negocios.

Apateko. — Naturaleza apasionada; amabilidad en el trato social; temperamento sanguíneo; sensibilidad muy despierta; carácter excesivamente rencoroso; gran actividad física; generosidad; prudencia y desconfianza; conciencia estrecha hasta la escrupulosidad; voluntad tenaz y terca en muchas ocasiones; juicio bastante seguro.

Fuencarral 29 **COMPAÑY, FOTÓGRAFO** Fuencarral 29

RECOMENDAR A UN REUMÁTICO EL BALSAMO DE ORIVE, ES UNA ACCIÓN MERITORIA; REGALARLE UN FRASCO, ES UNA PRUEBA DE ENTRAÑABLE AMISTAD.

TAPAS para El Cuento Semanal

Hemos puesto á la venta unas artísticas tapas para encuadernar en dos tomos las 52 novelas de que consta la colección del año 1907.

Precio de cada tapa: DOS pesetas.

LIQUIDACIÓN DE CALZADO

A. SREZ (Hijo) Por reforma de la casa, realiza sus calzados á mucho menos del coste.
23 duplicado, CABALLERO DE GRACIA, 23 duplicado

AGUAS DE CESTONA

HEPATICOS

De venta: Plaza del Angel 18, y farmacias y droguerías
Precio: 1,25 pesetas.

NADIE REFORMA ALHAJAS CON EL GUSTO DE DANIEL DE LUCAS Y C.ª

- Calle de Carretas, núm. 3

VESICALINA

Consúltese á la ciencia médica. Medicamento cuya eficacia asombra en las enfermedades de la vejiga.

Depósito: PÉREZ MARTÍN VELASCO, Alcalá, 7

VENTA: BUENAS FARMACIAS

Mermeladas TREVIJANO

CHAMPAGNE BINET

REIMS

SUPERIOR Á TODOS LOS DE IGUAL PRECIO

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

PRECIO FIJO 12, CAPELLANES, 12 PRECIO FIJO

CÓMO SE CRÍA UN NIÑO

Un gran libro para las madres, por el Dr. Toledo. 200 páginas. Rústica, 2 pesetas; en tela, 2,50. Villavicencio, editor, Reina, 33. - Enviase precio y certificado, y se remitirá.

LA JOYITA CADENAS DE ORO DE LEY :: AL PESO. - PRÍNCIPE. 4 ::

Colecciones de El Cuento Semanal

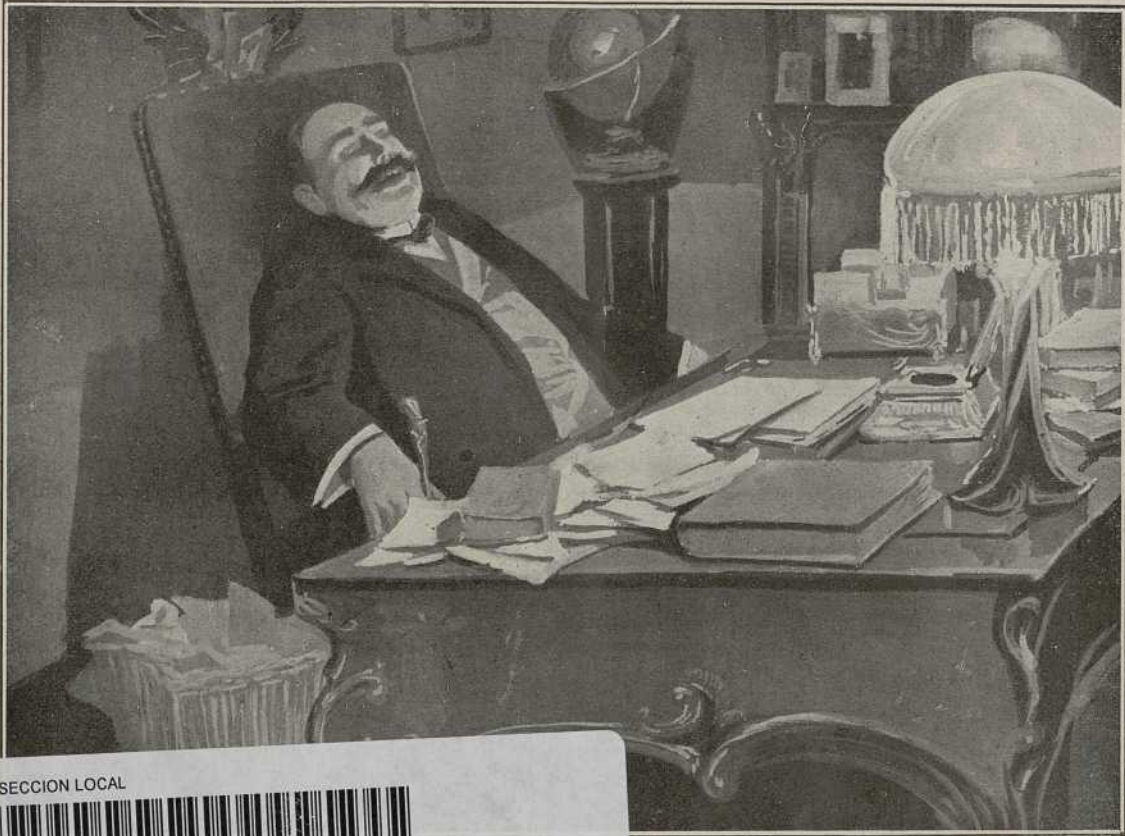
Habiendo terminado la reimpression de todos los números agotados, hemos puesto á la venta colecciones de las 52 novelas publicadas en 1907; lujosamente encuadernadas en dos tomos.

Precio de cada colección: 25 pts.

c.d/ 512041
thw 189229

R/F-4699

S.P. Ca - 87/8



SECCION LOCAL



10000512041

S.P./Ca-87/8 R/F-4699

SINESIO DELGADO

≡≡≡ ESPÍRITU PURO ≡≡≡

I

UN buen señor, cuyo nombre no hace falta estampar aquí ni en ninguna parte, dormía plácidamente el sueño de los justos con la boca entreabierta, tendidos los brazos sobre los de un amplio sillón de rojo terciopelo y la cabeza apoyada en el respaldo. Conservaba entre los dedos de la mano izquierda una colilla de puro, apagada, y en los de la derecha una pluma de argentino mango, con muchos adornos y garambainas, que á cien leguas olía á segundo premio de juegos florales.

Ambas cosas se sostenían donde estaban por milagro de Dios, pero á la vista saltaba que no podían tardar mucho en caerse.

En la beatitud del semblante, en la laxitud de los miembros y en la respiración sosegada y rítmica, se conocía que el buen señor gozaba, sin darse cuenta de ello, naturalmente, el intenso placer de haberse dormido en el preciso momento en que no debía dormirse.

Sobre la mesa de despacho, repleta de chirim-

bolos, libracos y papeles, una artística lámpara eléctrica esparcía resplandores brillantes, haciendo resaltar la immaculada blancura de un montón de cuartillas, á las cuales el sueño del propietario había salvado la virginidad aquella noche.

La virginidad relativa, porque en la primera figuraba ya una línea de letras grandes y claras, indicando el título de la composición que había de escribirse debajo cuando Dios quisiera, y que, á la cuenta, debía de ser un discurso, Memoria ó disquisición propia de Ateneo, Sociedad educativa ó Academia inútil.

Porque la línea era la siguiente:

EVOLUCIONES DE LA MATERIA CÓSMICA

Y no se necesita ser un lince para adivinar que á continuación tenía que venir aquello de:

— «Entiendo yo, señores...»

Por no saber á punto fijo lo que entendía él, era por lo que el autor futuro se había quedado como un tronco.

Al otro día, es decir, aquel día mismo, puesto que serían las tres de la madrugada, minuto más

ó menos, tenía que desarrollar el tema en una velada solemne, para la cual se habían repartido invitaciones á la flor y nata de la corte en punto á sabiduría; nata y flor que acudiría, seguramente, ávida de estudiar, analizar y discutir las ideas del *preopinante*, si por una casualidad acertara á poner ideas en el discurso.

¿Y la Prensa? ¿No llevaba la Prensa más de un mes anunciando con bombo y platillos la Conferencia del hombre ilustre (el buen señor dormido era un hombre ilustre), de la cual esperaba todo el mundo rayos de luz que iluminaran el vasto campo de la geología, de la astronomía, de la cosmografía. . . y hasta de la religión de nuestros mayores?

¡Qué chasco tan grande, qué lamentable fracaso si salíamos del apuro con cuatro lugares comunes, cinco frases hechas y media docena de verdades como puños, olvidadas de puro sabidas!

Por eso el compromiso era de los que ponen los pelos de punta.

¿Qué vendría detrás del «entiendo yo, señores? . . .»

¿Sería conveniente ceñirse, para empezar, al texto del *Génesis*, con lo cual se tenía la seguridad de no disgustar á los obispos, ó convendría más arrancar de las primitivas nebulosas, hijas del caos, para explicar, detallada y concienzudamente, las sucesivas aglomeraciones y disgregaciones de átomos y moléculas?

En esta duda se había pasado nuestro hombre más de dos horas, buscando en los estantes libros de consulta, y arreglando y ordenando cuidadosamente sobre la mesa carpetas, tinteros, salbaderas, limpiaplumas y pisapapeles, con el objeto, al parecer, de tenerlo á mano y despachar el trabajo de una sentada; en realidad, para ganar tiempo y engañarse piadosamente.

Pero, á todo esto, la imaginación corría que volaba, indecisa y variable, viendo unas veces cruzar el espacio sin fin millares de bolas enormes pobladas de seres fantásticos, y otras agitarse millones de corpúsculos vivientes en una gota de vinagre.

De estas diferentes visiones de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, vino á resultar una amalgama monstruosa, que acabó por convertir la cavidad craneana en un olla de grillos. Y tanto y de tal modo se congestionaron las celdillas cerebrales, batallando furiosamente unas con otras por la manera de empezar el discurso, y á tal punto llegó la excitación de los nervios, batidos y agitados por el fluido creador, que, si la situación se prolonga un momento más, la broma hubiera concluído por estallar todo aquello como una bomba.

Pero recobró oportunamente su imperio la materia, cuyas evoluciones eran causa del desaguisado, y, cuando células y filamentos habían llegado al grado de tensión de que no podían pasar sin romperse, vino la reacción saludable: cerráronse de pronto las puertas de los sentidos, se calmó el torrente de la sangre como si hubiera entrado en un remanso, cesó la actividad nerviosa, y el organismo entero cayó en un sueño reparador y profundo.

Tan profundo, que serían las diez de la mañana cuando el buen señor abrió los ojos y se dió

cuenta de su persona. La luz del sol entraba por las rendijas del balcón, luchando victoriosamente con la de la lámpara; yacían en tierra, una á cada lado del sillón, la pluma y la colilla, y enfrente de él, entre los papelotes y cachivaches alineados en orden de batalla, seguía recibiendo los vivos resplandores eléctricos el rimero de cuartillas, testigo mudo del mal paso en que se había metido.

El despertar no podía ser más desagradable.

Una noche perdida, todo el trabajo de preparación inútil y el discurso sin empezar. . . ¡Y cualquiera ponía ya manos á la obra con los huesos molidos por la mala postura, y se metía á discutir sobre la formación de los mundos con la cabeza como un bombo!

Decididamente, la velada tenía que suspenderse con el pretexto de una dolencia súbita del conferenciante, y los hombres de ciencia, que la esperaban como lluvia de Mayo, se iban á quedar con las ganas de conocer la opinión del hombre ilustre sobre las evoluciones de la materia. Pero aquella suspensión inesperada, ¿no se interpretaría como huida vergonzosa ante la magnitud del tema? La malicia de los infinitos envidiosos de su mérito, ¿no aprovecharía aquella ocasión para afirmar el agotamiento intelectual de su enemigo, de que ya decía tener barruntos?

La primera impresión, pues, fué de abatimiento, de dejadez, de abandono ante la crueldad del destino, y ni alientos tuvo el buen señor para moverse en un buen rato.

Pero como no era cosa de pasarse en éxtasis un par de años, como los fakires de la India, entre otras razones porque, lamentándose interiormente no se adelantaba nada, hizo ademán de levantarse para alcanzar la pluma y. . . ¿por qué no decirlo todo?, ¡y la colilla!, que todavía estaba diciendo: «chupadme.»

Entonces, sólo entonces, se fijó detenidamente en las cuartillas, y. . .

¿Qué gesto de asombro pondría el lector si una noche al acostarse hubiera pensado, no más que pensar, en dedicarse á la zapatería, del cual oficio no tenía la noción más leve, y al despertar se encontrara sobre la mesita de servicio un par de botas hechas?

Pues ese fué el gesto de nuestro hombre al ver la primera hoja de papel escrita de arriba abajo, y con su misma letra menudita y clara.

Lo primero que se le ocurrió fué que estaba soñando que veía.

Y lo segundo, cuando se convenció de que no soñaba tal, fué que, sin duda durante aquella excitación nerviosa, rayana en la locura, no sólo había escrito el título, como él se figuraba, sino que, además, había comenzado el discurso. . .

Pero, ¡ay!, tampoco podía ser aquello.

Porque el discurso, ó lo que fuera, estaba algo más que empezado: estaba concluído. Aterrado y confuso, como quien se encuentra en presencia de un fenómeno extraordinario, sobrenatural y milagroso, apartó y contó lentamente las cuartillas escritas. Eran cincuenta y ocho, justas y cabales.

¡En ocho horas escasas había escrito él, el hombre ilustre, cincuenta y ocho cuartillas de letra apretada! Es decir, que no sólo había concebido con rapidez pasmosa, sino que había dado á luz

con una velocidad increíble. Y todo ello sin darse cuenta, que era lo más chusco.

Le entró de pronto, como le hubiera entrado á cualquiera, la curiosidad de conocer el fruto de su pesadilla... Y empezó á leer ávidamente. La letra era suya, sin género de duda; el estilo no era, precisamente, el brillante y florido que usaba para las veladas científicas, pero no estaba mal del todo; y el preámbulo, aunque al parecer no tenía relación alguna con el asunto, podía ir á parar á él sin gran esfuerzo, y hasta podía ser un recurso del autor, que revelaba cierta habilidad no exenta de gracia.

Apenas había leído veinte líneas cuando la curiosidad volvió á picarle, pero esta vez de otra manera.

— Pues, señor, ¿cómo habré acabado yo esto? — pensó el hombre.

Y se fué derecho al fin, como una lectora de folletines á quien interesan demasiado los amores de la protagonista.

Pero allí le esperaba otra sorpresa. Había firmado el discurso, contra su costumbre y sin necesidad, puesto que si lo iba á leer públicamente, ¿para qué firmarlo? Y, además, y esto era lo increíble de puro absurdo, no había puesto su nombre, aquel nombre destinado seguramente á la inmortalidad, sino que la firma que había estampado era esta:

El conde de Santiago del Val.

— ¡Canastos! — se dijo el buen señor empezando á asustarse—. ¡El conde de Santiago del Val! ¡El célebre filántropo á quien acaban de erigir una estatua en su pueblo porque sembró de escuelas, asilos y hospitales toda la provincia! ¿Por qué se me habrá ocurrido usar como seudónimo el título de aquel caballero á quien no vi jamás y de quien no he hablado tres veces en mi vida?

Y, ansioso de desentrañar el misterio, arremetió con su propio manuscrito y se leyó de un tirón todo lo siguiente:

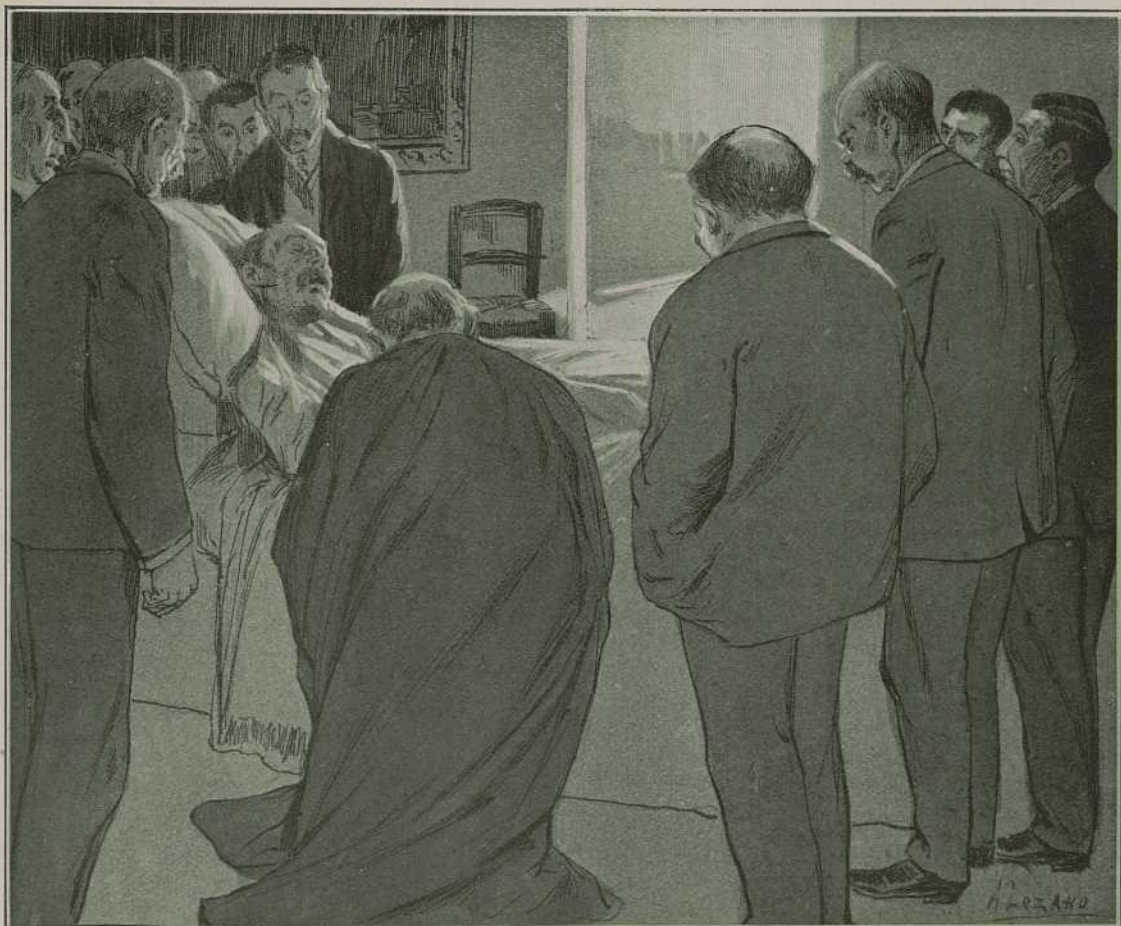
II

«¿Quién inventó la teoría? ¿Fué Pitágoras, Aristóteles, Platón, Séneca ó el moro Muza?»

No lo sé, ni me importa. Pero fuera el filósofo que fuera, griego, romano ó musulmán, estaba en lo firme ó, por lo menos, se aproximaba mucho á la verdad, aunque sin alcanzarla en toda su grandeza.

Sí; la fuerza inmaterial y desconocida que mueve millones de miriadas de mundos en una extensión sin límites, palpita en el fuego de los soles, vivifica los organismos y vibra en los tentáculos invisibles de los animalillos microscópicos; es siempre la misma, ¡siempre una sola!, llámese fluido, alma, espíritu, dios ó como se quiera.

Ese misterioso agente increado, impalpable y eternamente incógnito, es el que rige la formación



y marcha de los astros, lleva las rápidas vibraciones por las ondas hertzianas y los alambres del telégrafo, produce el pensamiento en los cerebros, transmite las sensaciones por la red nerviosa, deja una chispa de inteligencia y de voluntad en la masa pulposa de los calamares y de los cangrejos, y hace subir la nutritiva savia por los vasos capilares de los alcornoques y de las lechugas.

Es la naturaleza, es la divinidad, es el soplo de la vida y del movimiento universales, incomprendible en su asombrosa magnitud para los seres imperfectos, habiten en el mundo que quieran, que no pueden poseer, por razón natural, sino insignificantes partículas del gran todo.

El es único y está á la vez en todas partes; pero sus manifestaciones visibles tienen una variedad infinita, según las combinaciones de la materia que le sirve de vehículo. Así, en las células cerebrales del ser humano piensa, quiere, discurre, ama, inventa máquinas de coser y escribe comedias en tres actos y versos endecasílabos; en los animales irracionales desea, recuerda, procura saciar los apetitos de la carne mortal que le envuelve; en las plantas agita los filamentos para extraer del aire y de la tierra las substancias que para subsistir necesitan, y late entre los átomos que forman los pedruscos y en las moléculas de los gases, ocasionando incesantemente aleaciones y mezclas que producen la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo. . . ¡todos los fenómenos descubiertos y por descubrir, que la orgullosa humanidad no podrá explicarse nunca!

La fuerza es una sola, repito, y es torpeza insignificante hacer distinciones entre los dioses creadores, el alma humana, la atracción de los astros, el instinto de los animales, el fluido desarrollado por la botella de Leyden y el poderoso imán de los polos que mueve la brújula. La ley que rige el universo es de una simplicidad que encanta, pero no seré yo quien descubra el secreto. ¡La humanidad sería desgraciada si la quitaran el placer de hacerse ilusiones!

Lo que sí puedo decir, y precisamente estoy aquí para decirlo, es. . . que tenía razón el filósofo de marras. Del todo homogéneo, espiritual ó fluido, como se os antoje llamarle, recoge cada organismo que se forma la parte que requiere según su naturaleza y destino, y cuando el cuerpo, sea el que sea, se transforma por disgregación de la materia y, por consiguiente, la máquina se descompone, el fluido que le animaba, libre de su cárcel material, se funde en el gran todo. Llega hasta Brahmá, que dicen los indios, se une á Dios, que dicen los cristianos, entra en el Paraíso, que dicen los árabes. . . porque en este punto coinciden, por rara casualidad, todas las religiones del Norte y del Sur, de Oriente y de Occidente.

Se funde, sí, pero para evolucionar incesantemente por los siglos de los siglos, dando movimiento y vida á las nuevas combinaciones de la materia. . . No es precisamente la metempsicosis, porque no se trata de una contradanza de almas que buscan acomodo y gimen si no lo encuentran, sino de la fusión constante y continua de las partes con el todo y del todo con las partes.

El espíritu de un ser superior puede albergarse después en una porción de seres inferiores que no le necesitan entero, y sobrar algo para vibrar

en una placa telefónica y aun algo para procurar la conservación de la especie moviendo los estambres y los pistilos de un clavel reventón. Y viceversa: las partes del fluido que animaron á un elefante, á una hormiga, á una langosta y á un besugo, pueden juntarse por azar para constituir el alma privilegiada de un profesor de la Sorbona. . .

Y una vez expuestos estos antecedentes, absolutamente necesarios para entender lo que viene luego, paso á decir que á mí, en mi última encarnación humana, me llamaban don Juan Manuel Monteleón y Aguilar del Monte, y como premio á mis acciones benéficas, que fueron muchas efectivamente, me hicieron conde de Santiago del Val y me dieron la gran cruz de Isabel la Católica, libre de gastos.

El amor á mis semejantes, que fué mi cualidad más saliente, continuó en mi espíritu al deshacerse la complicadísima armazón en que se encerraba, y le acompañó, después de la muerte de Monteleón y Aguilar, el deseo de hacer un favor más á los hombres descorriendo los velos de ultratumba y quitándoles con eso, si podía ser, muchos quebraderos de cabeza.

Pero ninguno de los organismos en que, hasta ahora, han ido á alojarse las partículas de lo que fué mi alma, podía servirme de vehículo para transmitir ideas, como se verá luego, y de ahí que la porción que ha quedado libre, es decir, la que vibra fundida en la fuerza común sobre la corteza terrestre, se haya pasado mucho tiempo buscando la manera de enterar á los hombres de un asunto que tanto les importa.

Por fortuna, he topado esta noche con este majadero forrado de lo mismo, que todo lo más que sabe es que no sabe nada, y que, sin embargo, pensaba ensartar mañana cuatro vaciedades ante un concurso de zoquetes.

Y aprovechando la ocasión de hallarle dormido, con la pluma en la mano y los nervios en tensión por la lucha sostenida con su propia ignorancia, le utilizo como amanuense y le obligo á escribir, durante unas cuantas horas, hasta volcar sobre el papel todo el saco de mis noticias.

De las faltas de ortografía no respondo.

III

Y empieza la historia.

El corazón, «el gran corazón de don Juan Manuel Monteleón y Aguilar del Monte», como decían los periodistas de la localidad cada vez que una desgracia del pueblo requería el concurso de mi fortuna, y siempre que se colocaba la primera piedra de un edificio destinado á recoger y amparar desdichados, era efectivamente grande, porque había crecido desmesuradamente.

Por lo menos todos los médicos que se tomaron el trabajo de alargar mi vida á fuerza de potingues, habían convenido en que el órgano padecía una hipertrofia, es decir, un aumento de substancia y, por consiguiente, de volumen.

Y esto, que me honra sobremanera por las causas puramente morales á que obedecía y por los elogios que había merecido, tenía sus inconvenientes graves. Y el más grave de todos era que,

no moviéndose con holgura en la cavidad disponible, la función se verificaba cada vez más trabajosamente y se acercaba el momento final, irremediable y seguro.

La bomba aspirante impelente, encargada de regular la circulación de la sangre, no podía desarrollar su fuerza y, á consecuencia de la lentitud del riego, se me atascaban con demasiada frecuencia el cerebro y los pulmones, produciéndome un amodorramiento casi continuo y terribles accesos de fatiga.

Demasiado conocía yo, por mi desgracia, que aquello se iba por la posta. Y si para esta convicción no hubieran bastado los padecimientos físicos, que se acentuaban cada día, ella hubiera arraigado soa ante la extremada solitud y las exageradas atenciones de que me rodeaban constantemente los representantes de cofradías, gremios, congregaciones y establecimientos benéficos, civiles y eclesiásticos.

El olorcillo de los próximos legados y mandas que, conocidas mi historia y mis ideas altruistas, habían de ser cuantiosos, los atraía á bandadas al sillón en que me tenían clavado mis ahogos y achaques, y no sólo no podían alejarlos de él las órdenes terminantes de los facultativos, sino que no hubiera podido barrerlos una ametralladora.

Declaro que semejante asedio, aparte las molestias á él inherentes, no dejaba de halagarme más de un tanto y contribuía no poco á hacer más llevaderos mis sufrimientos.

Porque tras él adivinaba, con la clarividencia de los supremos instantes, que se iba á realizar el sueño de toda mi vida, aunque yo no pudiera gozarle *personalmente*, por la maldita costumbre de no otorgar los honores de la celebridad hasta que el interesado no puede recibirlos.

Si; no cabía duda. Don Juan Manuel Monteleón y Aguilar, tendría su estatua. Una estatua de bronce (para la cual el Estado cedería generosamente algunos cañones viejos) sobre alto pedestal de piedra berroqueña, con la inscripción siguiente:

«Al ilustre filántropo don Fulano de Tal, los pobres agradecidos», ó mejor: «La humanidad agradecida.»

Y todo ello rodeado de un jardinillo coquetón, cercado por una verja, en el centro de la plazuela más alegre de la población.

Ni por un momento, en el apretado trance de las más atroces congojas, se me fué de la imaginación aquella confortante idea de la gloria póstuma, que había sido el acicate oculto de todas mis empresas.

Y más vale así, porque al haberme faltado semejante apoyo, hubiera sufrido horriblemente al ver que se cernía sobre mi cabeza la guadaña simbólica. No es que yo creyera (corto de alcances, pero no tanto) que la leyenda del pedestal era el Evangelio y que, efectivamente, la gratitud de los menesterosos á quienes mi desprendimiento había proporcionado abrigo, pan ó alivio en sus dolencias, no había de parar hasta encontrar el modo de perpetuar mi memoria. No, porque sabía á qué atenerme respecto á los puntos que calzan los pobres y los que no lo son, en achaques de agradecimiento.

Pero suponía fundadamente, y los hechos vinieron después á probar que no andaba descami-

nado, que todos aquellos consejos, comisiones y juntas que se habían organizado y funcionaban al amparo de mis donativos, no habían de desperdiciar la ocasión que con mi muerte se les presentaba para bullir y zascandilear otro poco.

En esta confianza, que no me abandonó jamás, como llevo dicho, estubo mi fuerza para resistir valientemente aquellas tremendas horas de angustia que precedieron al derrumbamiento definitivo. Conocía yo, en los rostros de los clérigos y seglares que andaban á la husma del testamento, el asombro que les producía mi tranquilidad ante el peligro inminente, y la dulce placidez con que aguardaba, sin quejas ni lamentos, el cercano tránsito de mi alma.

Creo que, á haber alcanzado tiempos mejores, la anhelada estatua no hubiera figurado en una plazuela, sino en el altar de una capilla. Porque en todos mis acompañantes iba arraigando la creencia de que yo, después de una vida ejemplar, moriría como un santo.

Por fin se acabó todo. Una hermosa mañana de Abril, cuando la suave y perfumada brisa primaveral convidaba á la vida, entraron en mi habitación unos hombres con balones de oxígeno, y con ellos la completa seguridad de que yo no llegaría á la noche.

Y no llegué, en efecto. La dificultad en la respiración se me hizo invencible; se me fué oscureciendo la vista hasta el punto de no poder distinguir claramente la forma y color de los objetos; comprendía á duras penas que los nervios se hacían cada vez más perezosos para transmitir las sensaciones; un velo espeso cubría lentamente mi inteligencia, y para finiquito y remate sentí un chasquido interior, un desgarramiento inexplicable de todo mi sér y la impresión de que la complicada maquinaria se había parado de pronto.

Era que el espíritu, sin aparato en que funcionar, se había separado del montón de materia que durante cincuenta y siete años le había servido de envoltura, y el señor Monteleón y Aguilar del Monte, conde de Santiago del Val, gran cruz de Isabel la Católica, etc., etc., etc., había dejado de existir.

Pero en el mismo instante, sin el menor lapso de tiempo, oí clara y distintamente una voz femenil que decía con cierto dejo de satisfacción que no podía ocultarse:

— ¡Tres! ¡Y este es el más bonito!

IV

Inmediatamente sentí que me acariciaban la piel toda entera continuos lametones, acompañados de un gruñido suave y amoroso, mientras una voz hombruna contestaba á la de mujer que había sonado poco antes:

— ¡Y ya no trae más!

— ¡Quién sabe! — repuso la otra —. Espéremos todavía. La de la señorita Encarnación, que es de la misma casta, tuvo cinco la última vez.

— La de la señorita Encarnación tendría todos los que quisiera, pero yo te digo que esta no trae más. Y entiendo de estas cosas.

— ¿Tú? ¿A santo de qué? Entenderás de echar el pienso á los caballos y de cepillar las guarniciones, pero de esto... ¿Eres veterinario acaso?

— Casi, casi; porque al fin y al cabo, entre animales se pasa uno la vida, y algo más se me ha de alcanzar que á ti, que no sales de picar ajos y mondar patatas. . .

Y por ahí siguió el diálogo hasta degenerar en disputa.

En cuanto á los interlocutores... las señas eran mortales: se trataba de un lacayo y una cocinera, indudablemente. Y en cuanto á mí... el lector que, por poco despabilado que sea, ha de tener un cerebro de calidad y cantidad superiores á las del que entonces me había tocado en suerte, habrá comprendido en seguida la situación en que me encontraba.

En el momento mismo en que el espíritu del ilustre filántropo se fundía en el centro común, una gran parte de él vibraba acaso en el espacio llevando y trayendo palabras entre Inglaterra y el Canadá, de un aparato á otro de Marconi, y otra parte más pequeña, la justamente precisa, reinaba ya como dueña y señora en el nuevo sér que venía al mundo.

Lo que del excelentísimo señor conde de Santiago del Val quedaba á ras de tierra, era un perro recién nacido.

Por cierto que estaba demasiado próxima mi encarnación humana, para que en mi inteligencia rudimentaria no quedara un resquicio de vanidad ridícula.

¿De qué casta sería yo? ¿Galgo, fox-terrier, pachón, mastín ó podenco? Me fastidiaría soberanamente ser vulgar y basto, de esos que andan por las calles buscando huesos y hallando pedradas, y me gustaría mucho, ¡qué diantrel, ser galguito inglés finito y menudo, de los que gastan mantitas bordadas y van siempre en coche.

Pero por entonces era absolutamente imposible salir de la duda, porque pretender abrir los ojos era un disparate, y por los gruñidos casi imperceptibles y el pataleo de mis hermanos, que me disputaban á ciegas el condumio, no había modo de conocer la raza. Si la cocinera hubiera concretado algo más respecto á la perra de la señorita Encarnación, por el hilo se hubiera sacado el ovillo; pero como se había contentado con decir que era lo mismo que mi madre... era preciso tener paciencia.

Los primeros días de mi vida transcurrieron, como podrá figurarse el lector, aunque no haya sido perro nunca, sin salir del canasto (porque nuestra habitación era un canasto, según supe luego), dando tumbos y volteretas tontamente, chupando lo que se podía y durmiendo como un lirón horas y más horas.

Solamente una vez, unas manos pequeñas me alzaron en volandas y tuve un susto mayúsculo. ¿Me tirarían á algún barranco, como se suele hacer bárbaramente con las crías que sobran? No; no me tiraron á ninguna parte, por fortuna. Antes bien me depositaron cuidadosamente sobre una cosa blanda, que debía de ser almohada ó cojín de plumas, y oí una voz infantil que decía:

— ¿Ves, mamá? Nos debemos quedar con este, que es el más bonito.

La criatura, en este punto, estaba conforme



con la cocinera, y excuso decir que el piropo me supo á gloria. Porque con él, con lo del cojín y con el mimo con que me trataban, la esperanza de ser galguito inglés fué tomando cuerpo, y cuando me encontré de nuevo en el canasto y acabé de tomar un *piscolabis*, estuve á punto de reventar de gozo.

Que cayó en un pozo, según el dicho vulgar, cuando abrí los ojos, con mucho trabajo, á los nueve días justos de mi natalicio feliz. ¡No veía nada! No podía formarme idea de nada, porque toda luz me parecía excesiva y, acostumbrado á las proporciones corrientes en mi encarnación anterior, el canasto que me albergaba me parecía inmenso; los bultos informes, que apenas distinguía borrosos y confusos, me ocultaban su naturaleza y condiciones, y no había modo de averiguar á qué clase pertenecían los otros perritos que, como yo, se agitaban incesantemente sobre los trapos.

Pero á todo se parecían aquellas bolas de carne menses á galgos ingleses.

Comprendí al cabo, con el tenue destello de inteligencia de que podía disponer, que todo juicio definitivo era prematuro, puesto que yo no era

más que una bolita como las otras, y mal podría hacerme cargo de lo que me rodeaba, mientras el desarrollo de los órganos no me lo permitiera.

Pocos días después, cuando la monotonía de la existencia empezaba á desaparecer, y yo había descubierto la distracción de girar rápidamente sobre mí mismo para morderme el rabo, gozando lo indecible cuando caía rodando como una pelota sin conseguirlo, la madre debió pensar que ya era cosa de pasar á mayores y, cogiéndonos suavemente por el pescuezo uno á uno, nos sacó del cesto.

¡Lo que yo corrí, mejor dicho, lo que yo quise correr aquel día!

En una de mis carreras locas, midiendo entre tropezones y tumbos toda la extensión del cuarto en que, por lo visto, íbamos á campar hasta la mayor edad por nuestros respetos, temí haber ido demasiado lejos y volví la cabeza buscando el amparo de mi madre.

La vi tranquila y satisfecha, apoyada en los cuartos traseros y contemplando con indudable agrado los escarceos de sus crías. Su figura me recordó inmediatamente un cuadro que figuraba en sitio preferente en el despacho de mi padre; no de mi padre perro, de quien no tenía la noticia más leve, sino de mi padre hombre, que había sido magistrado en una capital de provincia.

El cuadro aquel, que todavía me parece estar viendo, estaba bordado en sedas de colores por mi hermana la menor y tenía, á guisa de greca, la siguiente dedicatoria en letras como garbanzos: «A mi querido papá, en el día de su santo, Etelvina Monteleón, de trece años de edad.»

Y entre la greca, como si Etelvinita la hubiera adivinado medio siglo antes, la propia efigie de aquella segunda madre que me contemplaba amorosamente apoyada sobre los cuartos traseros.

Ya no podía caberme la menor duda. Eramos de lanas. Del mal, el menos, porque entre los perros de lanas los hay desdichados, que andan de la ceca á la meca deshilachados y sucios, y los hay con suerte, á quienes afeitan de medio cuerpo para atrás, dejando al aire la piel sonrosada y una borlita preciosa en el rabo, y lavan, rizan y hasta

perfuman la parte delantera para que las vedijas parezcan copitos de nieve.

Así estaba el del cuadro de mi hermana, así estaba la perra que me había echado otra vez al mundo, y ese era el porvenir que me esperaba seguramente, puesto que la familia en cuyo hogar había venido á caer parecía atenta y cariñosa con los animales.

No tendría, pues, mar.ta bordada con bolsillo para el pañuelo, pero no me faltarían mi viejo edredón donde pasar tan guapamente las noches de invierno y mi buen collar con cascabelito de bronce. La señora no me llevaría en coche al Retiro (suponiendo que estuviéramos en Madrid, que era lo que yo me figuraba), pero probablemente acompañaría á los niños al colegio y al amo á dar una vuelta... Hasta puede que me enseñaran á llevar la cesta de la compra y á saltar por un aro, ocupaciones ambas indignas de un espíritu que había fundado hospitales, pero muy laudables en un sér que tenía que apoyarse en cuatro patas, aunque las tuviese adornadas con una borla de pelo cada una...

V

En cuanto nos pudimos bandear solitos, y empezamos á comer en cazuela, me quedé solo con mi madre. El lacayo aquel que se empeñaba en entender tanto de obstetricia perruna, se puso un día de tiros largos, y, aprovechando un momento en que la coautora de nuestros días había salido á la calle no sé á qué menesteres, atrapó á mis hermanos, los metió en una cesta pequeña con tapadera y todo, y salió picando sabe Dios para dónde.

Aunque ya lo tenía previsto, puesto que sabía que, de los tres, era yo el elegido para quedarse en casa, y aunque no era de temer que les ocurriera nada malo, porque á la vista estaba que el lacayo iba á entregarlos á las familias que *los tenían pedidos*, el hecho me produjo honda pena. Ya no los volvería á ver más, y, si alguna vez me los encontrara casualmente por el mundo, no los cono-



cería... Sin embargo, ¡cuánto he pensado en ellos después!

En nuestros juegos *infantiles*, cuando caíamos hechos un ovillo fingiendo peleas furiosas, se encontraban nuestras miradas algunas veces y... nos quedábamos largo rato inmóviles, extáticos, como si quisiéramos comunicarnos con los ojos el insondable misterio de nuestras vidas anteriores.

— ¿Quiénes sois? ¿Quiénes habéis sido? — eran las preguntas que yo quería que entendieran —. ¿Habré tenido el honor de encontrarme con un coronel ruso y un minero de la California en el vientre de una perra de aguas?

Pero siempre me quedé sin respuesta, naturalmente, y el minero supuesto y el coronel fantástico se separaron de mí para correr sus aventuras. Acaso, andando los siglos, nos encontremos vibrando juntos en un alambre telegráfico para llevar á un periódico de gran circulación la importante noticia de que á un torero le han dado tres orejas. ¡Y, faltos de medios de expresión, tampoco entonces podremos entendernos!

Por fortuna, las impresiones malas ó buenas son poco duraderas en mi raza; las tristezas más profundas desaparecen con cuatro cabriolas al aire libre, y los más agudos dolores morales se borran con un pedacito de pan duro mojado en leche. El egoísmo triunfó del cariño fraternal en seguida, y acabé por encontrarme muy á gusto campando sólo en toda la casa, gozando sin protestas los lametones amorosos de mi madre, y siendo el único que recibía de las personas mimos y atenciones. Porque la verdad es que toda la familia me trataba á cuerpo de rey, y, salvo algún escobazo de la cocinera cuando veía en peligro los filetes, y tal cual puntapié del bestia del lacayo, que no sabía demostrar su simpatía más que á coces, todo lo demás era gloria pura. Comía al mismo tiempo que los amos, que me regalaban con las más suculentas espinas de pescados y los más tiernos huesos de aves, sin olvidar las ricas cortezas de queso para postre; dormía en sitio abrigado, sobre mullidos retazos de esteras; salía á la calle un par de veces al día, con amplias facultades para perseguir y ladrar á todo bicho viviente, y en cuanto pasaron algunos meses y me hice un buen mozo, me raparon medio cuerpo y me lavaron y peinaron cuidadosamente el otro medio, como para indicarme que se me daba la alternativa.

La primera vez que, arreglado y limpio, me vi en el espejo del armario ropero de la señora, no pude menos de decirme:

— Pues señor, si Etelvinita hubiera tenido el don de leer en el porvenir, habría escrito la dedicatoria de su labor de esta manera: «A mi querido papá, en el día de su santo, dedico este retrato de su hijo mayor», etc., etc.

Porque, ¡ni que me hubiera estado viendo!

Satisfecho, pues, de mi suerte, seguro de mi porvenir y orgulloso de mi figura, sólo me apesadumbraba la idea de que aquello, por ley natural, tenía que durar poco.

A todo tirar, y contando con que no me diera el moquillo ni me atropellara un automóvil (¡oh, qué odiosos son los automóviles y qué apesadumbradora es la gasolina!), la felicidad tendría que acabarse á los doce ó catorce años, y eso cayéndome de viejo.

¡Quién habría de decirme, cuando me lamenta-

ba de que la vida es breve, que una maldita casualidad había de hacer más corto en la mía el plazo señalado por la naturaleza!

Contaré cómo, por qué y cuándo ocurrió la desgracia:

A mí, cuando me llamaban y era don Juan Manuel, me eran muy antipáticos los perros de caza. ¿Razón? Ninguna; que no los podía ver ni pintados. El amor y el odio surgen espontáneamente en el corazón, y casi nunca pueden explicarse.

Y véase cómo, por designios misteriosos é inescrutables, el único sér del sexo contrario á quien amé de veras, cuando el instinto me avisó que era preciso procurar la conservación de la especie, fué precisamente una perra de esa casta.

¿Era que el espíritu del insigne filántropo, por un prodigio de adivinación maravillosa, sabía en lo que vendría á parar un poco más tarde y se rebelaba contra el cruel destino aborreciendo de todas veras, sin causa ni motivo aparentes, lo que se vería obligado á desear con los cinco sentidos? Casi podría jurarlo.

Porque ello fué que el primer día que entró en casa la *Cusca* (¡ay!, así se llamaba la causa inconsciente de mis futuros tormentos) comprendí que había de ejercer poderosa y decisiva influencia en el resto de mi vida.

Se me borraron como por encanto todas las pasiones callejeras, y empecé á aullar quejumbrosamente por la noche y á ladrar de día sin venir á cuento.

Lo malo es que todos los de la casa, incluso el niño, se percataron en seguida de lo que me pasaba, y comprendí yo que se reían grandemente de mis aullidos tristes y de mis ladridos extemporáneos. La *Cusca*, por su parte, como si quisiera con su actitud dar pábulo á la insoportable chacota, no perdonaba ocasión de demostrarme que, antes de hacerme cara, preferiría rendir sus encantos al más asqueroso ratonero.

En cuanto me acercaba á oler donde no debía, me saludaba con un gruñido sordo, que de todo podía ser menos de agradecimiento, y si yo insistía en mis manifestaciones moviendo nerviosamente la borla del rabo, ella campaneaba las orejas, aquellas grandes orejas que casi la arrastraban y que constituían el principal de sus atractivos, se revolvía rápidamente, me soltaba un mordisco donde buenamente podía y salía como alma que lleva el diablo.

¡No cabía duda de que á don Juan Manuel le pagaba con creces la casta el injustificado desprecio en que la había tenido!

Este desvío, cada vez más patente, lejos de amortiguar mis ímpetus, los exacerbó de un modo irresistible y ya no volví á pensar en lós huesos de ave ni en las esteras blandas. Mi única idea, mi única ocupación fueron desde entonces perseguir y acorrallar á la *Cusca*.

Por fortuna su amo, que era un gallardo mozo, siempre bien trajeado y bien puesto, no tenía, por lo visto, nada absolutamente que hacer y se pasaba la vida en nuestra casa. A tal punto llegó su asiduidad, que acabamos por comer juntos mis dueños, su niño, el dueño de la *Cusca*, la propia *Cusca*, mi madre y yo, un día sí y otro también.

Es más; como mi amo no era muy casero, y en

buen hora se diga, los más de los días se marchaba al Casino para no volver hasta las tantas, y el amigo se quedaba de sobremesa haciéndole compañía á la señora.

Ocasiones no me faltaban, por consiguiente, para seguir adelante con mi empeño, y al tiempo y la terquedad fiaba yo mi triunfo, porque la perra no tendría más remedio que capitular, tarde ó temprano, aunque no fuera más que por librarse de aquella asiduidad pesada, cargante y fastidiosa. Algunas conquistas había hecho en mi envoltura humana por el mismo procedimiento, y de algo le había de servir á uno la experiencia.

Pero el plan fracasó por completo cuando ni siquiera había podido conseguir una mirada lánguida.

La señora dió en la manía de mandar á paseo al niño, con el pretexto de que le convenía hacer la digestión bajo los árboles en cuanto el esposo tomaba las de Villadiego, y con el niño y el lacayo había de salir yo, por cariñoso capricho de la criatura, que no me hacía maldita la gracia.

Todos los días se repetía la historia; apenas terminaba el almuerzo, el señor encendía un puro, se encasquetaba el hongo y se lanzaba á la calle, como si tuviera miedo de que la casa se le cayera encima; la señora daba sus órdenes, aviaban al chico, me ataban un cordón al collar y... allí se quedaban, como soberanos de un hogar que no era el suyo, la *Cusca* y el señorito de la *Cusca*.

Cuando volvíamos, al anochecer, ya no quedaba ni rastro de la perra.

Con lo cual puede que se fortaleciera mucho el niño; pero yo saltaba y brincaba por calles y paseos con un humor de todos los diablos, como si acabaran de darme la morcilla.

VI

Ya se sabe de clavo pasado que el amor

«con la ausencia crece más»,

aunque no tenga chispa de platonismo, como le pasaba al que me consumía las entrañas, porque entre los perros, gracias á Dios, eso no se conoce.

Yo, con la broma de las saliditas diarias en el momento preciso, estaba que echaba lumbres, porque, si persiguiendo constantemente al objeto de mis ansias tal vez hubiera acabado por cansarme, aquel alejamiento forzoso me ponía los nervios de punta. Efectivamente, el deseo crecía con la ausencia.

¡Pero cómo crecía! Llegaron á hacérseme profundamente odiosos el lacayo que me ponía el cordón, el niño que lanzaba la pelota y me azuzaba para que se la trajera á escape, y, ante todo y sobre todo, y más que todo, el caballere te peripuesto que se quedaba de sobremesa.

Instintivamente comprendía yo que aquel antipático figurín era la causa de que yo tuviera que interrumpir todas las tardes el asedio de mi bien amado, que, libre de mi persecución durante muchas horas, podría resistirla, no meses, sino siglos.

Con estas y las otras fui criando mal genio, tan malo, que ni mi propia madre podía resistirle, y tenía que gruñirme muchas veces con toda su autoridad, para evitar que hiciera un disparate.

Yo también procuraba refrenarme, distraerme, volver á los buenos tiempos en que era la alegría de la casa; pero todo fué en vano. Cada vez me sentía por dentro más áspero y desabrido, y ninguna monada me salía á derechas.

Llegó, por fin, lo que tenía que llegar: el choque violento, el estallido del odio mortal y de la pasión avasalladora. Todo el drama se desarrolló en menos tiempo que se emplea en contarlo, y fué como sigue:

Un día, convencido de que la situación era insostenible, y de que yo no podría aguantar más el empuje de mis deseos, decidí jugarme el todo por el todo, y hacerme dueño y señor de la *Cusca*, por buenas ó por malas. La narración del hecho es peliaguda y escabrosa de suyo, y seguramente no se atrevería á hacerla el infeliz cuya mano aprovecho, ante el pudibundo auditorio que espera una velada que no ha de celebrarse; pero yo procuraré salvar el escollo con la mayor delicadeza, porque el relato es necesario absolutamente. Sin él no podríamos pasar adelante.

Ello fué que aquel día nefasto ocurrió lo que todos: llegó la hora de la comida, sentáronse los comensales y empezaron á ramonear en torno á la mesa mi madre y la *Cusca*. Yo aproveché aquellos momentos para meterme en el gabinete de la señora y ocultarme, con fines siniestros, detrás de una otomana.

Sucedió lo que yo había pensado: nadie me echó de menos, y si alguien cayó en la cuenta de mi falta, la atribuiría á alguna nueva rareza de mi carácter, que me tenía por aquel tiempo sobrecitado y sin ganas de meter el hocico en la escudilla.

Pero se acabó el almuerzo, tomó el amo el portante, vistieron al pequeño y se presentó el lacayo con el cordón de marras. Desde mi escondite oía yo la voz del angelito que decía:

— ¡No, no y no! ¡Yo no voy sin *Machaco*! ¡Que busquen á *Machaco*!

Y se veía claramente que estaba dispuesto á coger una perra, no de las mías, sino de las suyas.

La señora, que indudablemente quería mucho á su hijo, y no podía permitir que le faltara el paseo higiénico á aquellas horas, ordenó que se me buscara in mediatamente... Confieso que, ante aquella prueba de cariño, estuve á punto de abandonar mi plan y presentarme; pero me hice fuerte por la cuenta que me tenía y seguí escondido y callado como un muerto.



La servidumbre se puso en movimiento, y hasta mi rincón llegaban claramente los distintos ruidos de pasos precipitados, abrir y cerrar de puertas, silbidos de llamada y voces cariñosas.

— ¡Machaco, tomal! ¡Toma, Machaco! ¡Uif... uif... uif...!

Como si cantaran. *Machaco* se había perdido definitivamente. La doncella entró en el gabinete; pero yo me acurriqué cuanto pude entre la otomana y la pared, sin mover pata ni oreja, y se volvió á marchar sin verme.

Sin duda convencieron al niño de que yo estaba en la calle, y que era lo mejor salir en mi busca, porque de pronto cesaron los gritos y todo quedó en calma. Había llegado la mía.

Porque al cabo de un rato, como yo tenía previsto, entraron en el aposento la *Cusca*, mi señora y el chisgarabís amigo del amo. Sentóse la mujer indolentemente en la otomana, acercó el otro una silla y ambos se dispusieron á reanudar la conversación sobre aquel asunto importante que requería tantas entrevistas.

La perra me olió inmediatamente, y recelando alguna emboscada, empezó á dar vueltas en torno al asiento con todo género de precauciones. Pero la curiosidad pudo en ella más que el miedo al peligro, y se acercó más de lo debido al rincón en que yo fingía dormir con la tranquilidad del justo.

Entonces fué cuando tuve el arranque que venía rumiando con verdadera delicia hacía tanto tiempo. Pero la *Cusca*, que, á la cuenta, no era la primera ni la segunda vez que se veía en tales andanzas, en cuanto me vió desenroscarme rápidamente y lanzarme á ella como un tigre, me soltó una dentellada que me hizo ver las estrellas, y dando unos aullidos estridentes, salió corriendo por la habitación como una loca.

Seguíla resueltamente, dispuesto á no pararme en barras; y en nuestros asaltos, regates y zanca

dillas tumbamos un veladorcito lleno de chirimbolos de porcelana. Se levantó el caballrete, sorprendido por el estrépito, en lo más interesante del discurso, y á este quiero á este no quiero, la emprendió á puntapiés con nosotros y nos acoquinó, tras distintos muebles, jadeantes y mohinos.

El odio que yo le profesaba anteriormente subió más de tres puntos; pero logré dominarle por el pronto, decidido á darle rienda suelta en cuanto mi enemigo se descuidara un poco.

Por desgracia suya y mía, la ocasión, ¡una ocasión magnífica!, se me presentó inmediatamente.

Volvió el hombre á su sitio, y, sin duda para tranquilizar á mi ama, que se había puesto con el incidente del velador un poco nerviosa, la sentó sobre sus rodillas, la hizo reclinar la cabeza sobre su hombro y la estampó en los labios un beso tan fuerte, que sonó como un chasquido.

Ante semejante desvergüenza se me puso delante de los ojos una nube de sangre, comprendí que había llegado el momento de vengar á un tiempo mi ofensa y la honra de mi amo, me acerqué al grupo rastreando como un reptil, y, de pronto, apoyándome fuertemente en las patas traseras, di un salto salvaje y caí sobre el granuja con tal ímpetu, que debió de pensar que se le venía encima una montaña. Se apartó la mujer chillando y manoteando como un energúmeno; se defendió él á puñetazos, jurando como un carretero; pero yo apretaba con tal coraje hociéndole, mordiéndole



y arañándole tan á mi sabor, que cuando llegó la gente, atraída por los gritos de la mujer y los alaridos de la *Cusca*, se encontró á mi víctima con una oreja colgante, un labio partido, la nariz aplastada, las mejillas surcadas por líneas rojas y la elegante vestimenta hecha un puro pingajo.

Ante el importante refuerzo abandoné la palestra cargado de laureles, gruñendo en son de amenaza y avisando con la mirada á los recién venidos que estaba dispuesto á repetir la hazaña si llegaba el caso.

Todos los de la casa, incluso el canalla que procuraba restañar con el pañuelo la sangre de la oreja, no disimulaban el asombro que les había producido aquel ataque brutal, impropio de un humilde perro de lanas, pacífico y orondo, y en aquellos instantes debió de germinar en todas las cabezas la sospecha de que me ocurría algo extraordinario. ¡Sospecha terrible que no debía tardar en dar sus frutos!

Cercáronme todos, armados de bastones, paraguas y palos de escoba, y, aunque yo veía que no las tenían todas consigo, pensé que sería lo mejor afectar sumisión hasta que se pasara el chubasco, y me dejé acorrallar y empujar hasta quedar encerrado bajo llave en el cuarto ropero.

Allí me estuve, á oscuras, sin probar bocado y sin que se me acercara alma nacida hasta muy entrada la mañana siguiente, al principio presa de un furor sordo que no me dejaba descansar; después, agobiado por tristísimos presentimientos. ¿Qué significaba aquel abandono? ¿Pensarían dejarme morir de hambre en castigo á mi felonía?

Por fin salí de dudas. Debía de haber llegado mi amo, que habría pasado la noche de parranda, según costumbre, y los criados se habrían apresurado á relatarle el suceso de la víspera, porque sentí pasos en el pasillo y el ruido de la llave al entrar en la cerradura. Al mismo tiempo el señor gritaba:

— ¡No, no!, el niño no. ¡Que no se acerque por si acaso!

Y entreabriéndose la puerta lentamente se me presentó escudriñando el ropero con la vista, y tras él aparecieron los demás habitantes de la casa, excepto el pequeño, asustados, vacilantes y medrosos.

Yo fijé en ellos una mirada triste, de insomnio y pesadumbre, y procuré alzarme del rincón en que yacía para ofrecer á todos mis excusas meneando el rabo.

Pero apenas inicié el movimiento la puerta volvió á cerrarse violentamente, y de nuevo oí la voz del amo que decía:

— ¡Sí, sí!, no hay más que verle. Está rabioso, y bien rabioso. ¡Pobre *Machaco*! Hay que tomar una determinación en seguida.

Y se alejaron todos. Yo temblé de terror, y sin querer se me escaparon unos ladridos roncros, de ira reconcentrada, y después unos aullidos lastimeros que partían los corazones. . . detalles ambos que servirían á cuantos los oyeran para afirmarse en la idea de la hidrofobia.

Y sí que estaba rabioso de veras; pero no de la enfermedad mortal, azote de mi raza, sino por la injusticia enorme que iba á cometer conmigo aquel hombre, castigando con la muerte á quien le había defendido el honor con dientes y uñas. . . ¿Comprenderá alguien lo terrible, lo espantoso de aquellos momentos de angustia inenarrable?

Por suerte, fueron cortos. No habían transcurrido dos minutos cuando sentí que se acercaban de nuevo á la puerta arrastrando un objeto que debía de ser una escalera de mano, y en seguida apareció mi amo en el montante, apuntándome fría y serenamente con una pistola de dos cañones.

Loco de furor intenté un salto loco, para despedazar á aquel ingrato; pero en el instante mismo en que me disponía á tomar carrera, brilló un tógonazo y caí como una pelota.

Tan certera fué la puntería, que ni siquiera oí el estampido.

La injusticia enorme estaba hecha. El desven-



turado perro de aguas no era más que un montoncito de materia vil y deleznable destinado al carro de la basura, y el antipático caballero podría seguir impunemente la interrumpida plática en cuanto le pegaran la oreja y le cosieran el labio roto.

¡Cosas de este pícaro mundo!

VII

Coincidiendo con el ruido del pistoletazo, ó, para decirlo con mayor propiedad, como un eco tenue, percibí un leve chasquido en mi propia cara y sentí el cuerpo bañado en un líquido viscoso y tibio.

Atribuí lo primero á la rotura del hueso por la bala, y lo segundo á la sangre que debía de salirme por la herida á borbotones, pero ninguna de las dos suposiciones era cierta. El plomo canicida, al penetrar en el cerebro, había destruído los resortes de la vida instantáneamente, y era distinto, sin duda, el organismo en que mi espíritu recibía las nuevas sensaciones.

¿Cuál sería éste? Me era imposible precisarlo.

Una masa blanda y suave, como una especie de inmenso edredón, me cubría por completo, y, al agitar mis extremidades en el espeso líquido que las envolvía, topaba por todos lados con una pared resistente y dura. Algo estaba viniendo al mundo, y el alma del conde de Santiago del Val seguía ocupada dignamente; pero ¿qué manera de nacer era aquella?

La masa cerebral, escasa y no acabada de formar aún, no me servía para maldita de Dios la cosa, y tuve que esperar bastante tiempo, sumido en plácida modorra, antes de darme cuenta exacta y cabal de lo que me pasaba.

Un día ¡al fin!, me sacó del sopor una sensación de frío intenso. Temblaba mi piel al recibir las primeras caricias del aire puro y los rayos de luz vibraban, cegándome en la atmósfera libre. El edredón que me tapaba había desaparecido, el líquido en que me debatía se había evaporado y las paredes del vaso se habían roto.

Pasada la primera impresión, desagradable como ella sola, producida por el brusco cambio de temperatura, abrí los ojos, miré y vi en mi torno infinidad de pajas y plumas sólidamente entrelazadas, encima las ramas de un árbol, y, allá más arriba, por entre las hojas, el cielo azul esplendoroso y brillante.

Estaba en un nido.

Es decir, estábamos, porque éramos cinco criaturas las que acabábamos de romper el cascarón y de vernos libres del dulcísimo peso de nuestra madre. La clase de pájara que sería ésta era lo que faltaba averiguar, y supongó yo que la misma curiosidad, aunque no podían demostrarla, tendrían los otros cuatro pequeños monstruos de cabeza gorda, cuello largo y cuerpo pelado y ridículo que recibían conmigo, por primera vez, el vivificante soplo de la brisa primaveral sobre las plumas y las pajas.

Breve rato estuvimos solos. En seguida apareció, balanceándose en una débil rama, y, examinando los alrededores con la desconfianza característica de la especie, un gorrión esbelto y gentil,

de limpia pechuga y amplio corbatín negro, que traía una cosa en el pico.

¡Siquiera en esta encarnación tenía el gusto de conocer á mi señor padre!

Verle y abrirse las cinco bocas festoneadas de amarillo, fué todo uno. El que más y el que menos, piaba que era un primor, y el nido parecía una grillera. Y la causa no era otra que el sabroso insecto, apetitoso grano de trigo ó jugosa miga de pan que se adivinaba en el pico del pardal gentil y esbelto.

Para abreviar, porque si me entretengo en detalles nimios no voy á acabar nunca, el macho y la hembra, en ir y venir incesante durante muchos días, en constante sacrificio por la prole, fueron alimentándonos como Dios les daba á entender, mientras á nosotros se nos endurecía el pico y nos brotaban los cañones. Entonces, cuando el asunto me tocaba de cerca, el más pequeño retraso del uno, de la otra ó de los dos me ponía el plumón de punta por el temor de que les hubiera ocurrido algo desagradable, es cuando comprendí la barbarie humana.

Los hombres no han pensado jamás en estos tremendos, en estos espantosos dramas de los nidos. Persiguen rabiosamente á los pobres pájaros, que ningún daño les hacen, y que ni siquiera pueden servirles de alimento, á no ser como capricho ó golosina, y en contra suya han inventado redes, ceños y trampas. Los cazan porque sí, por diversión y entretenimiento; los enjaulan por recrearse en su prisión y en su martirio; les cortan las alas para gozar mientras pretenden huir rastreando; les matan por el gusto de herir, de exterminar á unos pobres animales inofensivos.

Y, á consecuencia de estas cacerías salvajes, de esta inicua guerra sin cuartel que perdura á través de los siglos, todos los días mueren en los aleros de los tejados, en las grietas de los muros, en las copas de los árboles y en las oquedades de las peñas, millones de seres débiles é indefensos que, en interminable agonía, pían de hambre y de frío, llamando en vano á los que les dieron el sér, que salieron del nido á buscar un granito de avena y que no volverán nunca.

Nuestros padres, por fortuna mía, tuvieron suerte y escaparon sanos y salvos de todas las asechanzas, por lo cual los cinco gorriónes íbamos creciendo y engordando que era una bendición y adquiriendo la suficiente fortaleza para salir del *hogar* paterno, donde cabíamos á duras penas.

No se me olvidará tan pronto el día que hice los primeros pinitos.

Fué al romper una mañana de verano, perfumada y apacible, cuando la madre, saltando del nido, no voló lejos, como tenía por costumbre, en busca de nuestro desayuno, sino que se quedó en el árbol, dando brinquetes de rama en rama, pian-do amorosamente y moviendo las alas sin extenderlas. Quería decirnos, sin duda:

— ¿Queréis comer? Pues ¡jeal, animaos y seguidme. Voy á enseñaros cómo y dónde se encuentra la comida.

Ninguno de los cinco vaciló un momento, y, con una alegría que los seres superiores no podrán comprender jamás, nos apresuramos á obedecer la orden.

Los bordes del nido se cubrieron de patitas,

agitáronse las alas y las colas, el aire vibró con la estruendosa cháchara de los manumitidos, y, en un raptó de energía y de arrojo, todos nos lanzamos fuera del árbol, ansiosos de buscar nuevos horizontes, dueños y señores de la atmósfera.

Pero aquel primer revuelo á tontas y á locas terminó en seguida, porque no estábamos aún en disposición de hacer grandes calaveradas, y, al poco rato, después de unos cuantos esfuerzos inútiles para no perder el equilibrio, mis alones, débiles y entumecidos todavía, se negaron á sostener el cuerpo y vine á caer blandamente sobre una berza.

Allí me quedé, acurrucado y quieto, esperando que se me pasara la fatiga, y desde allí pude ver á mis padres que, animando á éste y sosteniendo á aquél, procuraban reunir á toda la banda, que andaba aleteando, desperdigada y despavorida, entre coles y lechugas.

VIII

Porque estábamos en una huerta limitada por tapias altísimas, en la cual abundaban los árboles de todas clases, cuajados en aquella época de apetitosos y variados frutos, y en uno de cuyos extremos se alzaba un edificio enorme con cuatro esbeltas torrecillas é innumerables celosías y ventanas.

En sitio mejor de la tierra no podía haber venido al mundo.

A mi alcance tenía, pendiente de las ramas, alimento abundante y sano, que podría adquirir sin grandes trabajos ni peligros; acequias y regatos me brindaban por todas partes agua límpida y pura; entre las hortalizas pululaban sabrosos gusanillos para mi regalo; en el inmenso caserón abundarían los rincones donde buscar abrigo, y las altas tapias protegerían mi aislamiento de la especie humana, mi enemigo natural y odioso.

Con estudiar y conocer á fondo el carácter y condiciones de los hortelanos y tomarles las vueltas, estábamos al cabo de la calle.

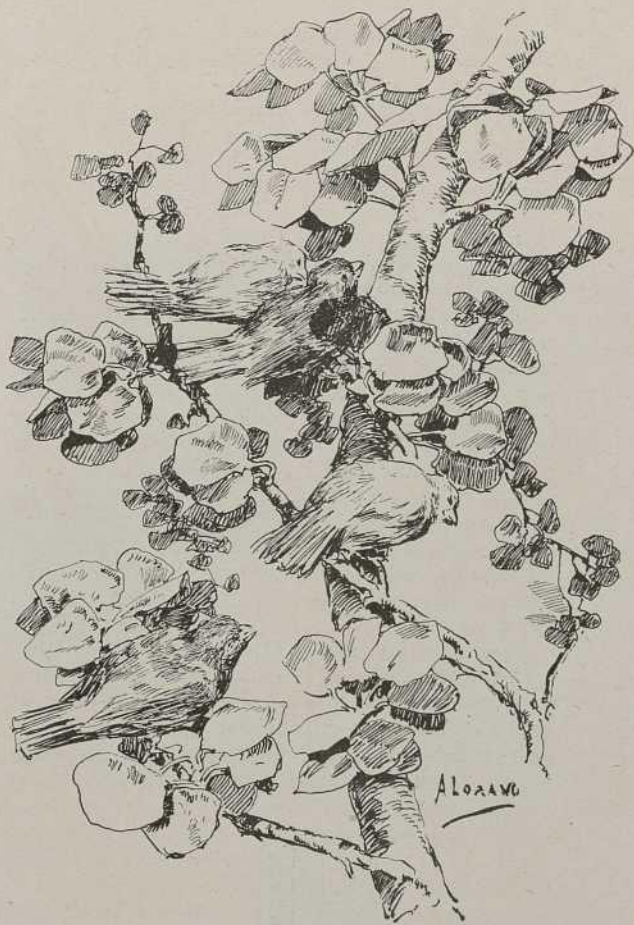
Haciéndome todas estas consideraciones no dejaba de chillar, sin embargo, para que los gorriones grandes supieran dónde estaba y pudieran venir en mi socorro. La autonomía me parecía prematura.

En esto una leve ráfaga de viento volvió del revés una hoja de la berza en que me apoyaba y la vi llena de pulgón. En poco estuvo que me diera un mareo de alegría.

— He aquí mi primer banquete, pensé, la primera prueba de que, de ahora en adelante, podré atender á mi subsistencia sin el cuidado ajeno.

Y, satisfecho y orgulloso de ganarme honradamente la vida, haciendo, de paso, un grandísimo favor á la agricultura, arremetí á picotazos contra la muchedumbre negra, y en un santiamén, haciendo grandes claros en la mancha viviente, me llené á toda satisfacción el buche.

Fortalecido con el refrigerio, alcé la cabeza y abrí el pico, no ya para pedir amparo, sino para lanzar al aire un canto de alegría, un himno de ferviente gratitud á la naturaleza, que pone sabiamente el pulgón al alcance de los pajaritos recién salidos del hueco.



Pero el himno se me atascó en la garganta. Porque de pronto vi muy cerca, avanzando entre el plantío de coles con ondulaciones de serpiente, un gatazo negro como el azabache que, al andar, barría la tierra con el rabo, y en cuyos ojos, fijos en mí, brillaban rayos de codicia.

Y como no podía dudar de sus intenciones, comprendí que debía refrenar mis ímpetus y abstenerme de expresar con trinos mi agradecimiento, puesto que estaba visto que quien criaba el pulgón para que se lo comieran los gorriones, criaba también los gorriones para que se los almorzarán los gatos.

Calléme, pues, y en cuanto le vi arquear el lomo con el firme propósito de dar un salto, hice á mi vez un esfuerzo y volé hacia arriba para posarme en la primera eminencia que topara, que resultó ser la copa de un peral enano. Allí pude respirar á gusto, á salvo de la brutal acometida, mientras el infame clavaba las uñas en la col, furioso por la inutilidad del ataque.

En este momento se abrió el portón del edificio de las torrecillas y apareció en el dintel una figura humana que avanzó lenta y majestuosamente hacia el peral que me había servido de refugio.

Traía esta figura un largo sayal de color de chocolate, sin otro adorno que un cordón que rodeaba la cintura, y cuya capucha, cayendo sobre la espalda, dejaba al descubierto la venerable cabeza.

El que había salido á la huerta era, pues, un

fraile, y convento de frailes el caserón en cuyo alero tenía yo que buscar un agujerito para vivienda.

Seguía, por lo visto, amparándome la fortuna. Vida tranquila y regalada tuve mientras fui don Juan Manuel; regalo y paz disfrutó el buen *Ma-chaco* hasta el percance final á que le arrastraron sus pasiones, y no era de creer que los buenos monjes la emprendieran con el pobre gorrión, puesto que á la fuerza tendrían que ser caritativos y benéficos. Era cosa de entonar el himno.

Pero apenas salieron de mi garganta los primeros arpegios, el gato, atraído por la música, tornó á la carga y se acercó cautelosamente al árbol, resuelto á trepar y sorprenderme protegido por la espesura. Callé de nuevo, disponiéndome á volar con el himno á otra parte, pero no fué necesario, porque el fraile vino á sentarse en un banco de piedra cercano á mi atalaya, y el cazador, que sin duda me perseguía más por diversión que por verdadero apetito, tuvo la caridad de olvidarse de mí para frotarse, rezongando mimosamente, enarcado el cuerpo y alta la cola, en el sayal de color de chocolate.

Cuyo dueño sacó un libro, y después de persignarse lentamente, se enfrascó en la lectura y los rezos matutinos sin hacerle maldito el caso. Libre yo de la preocupación del peligro inminente, me dediqué durante un buen rato á dar saltitos de rama en rama, probando mis fuerzas de

nuevo y gozando á mis anchas del aire puro y el calor vivificante de aquella mañana espléndida.

— ¿Qué habrá sido de mi familia? — pensé entonces —; y resuelto á buscarla, examinando desde un punto más alto mayor extensión de terreno, abandoné el peral enano y me lancé otra vez al aire. Allá, en uno de los extremos de la huerta, se alzaba un álamo gigante y frondoso y en el álamo rendí mi viaje, satisfecho y orondo por mi vigor y valentía.

Numerosa bandada de pájaros, fruto viviente de aquel árbol que no tenía otro, me saludó con estrepitosa y alegre algarabía, animándome con sus idas y venidas, subidas y bajadas, cánticos y revuelos. . . Los gorriones de la huerta eran indudablemente felices.

Animado por el ejemplo, tomé parte activa en el movimiento y la bulla, procurando averiguar, de paso, si entre aquella tropa había alguno de los míos; pero de pronto tuve que interrumpir mis pesquisas. Cesaron, como si á todos mis compañeros se les hubieran roto á un tiempo los resortes, los píos y revuelos, y el álamo se quedó quieto y mudo como si no hubiera un sólo sér vivo entre sus hojas.

Me impusieron la quietud y el silencio y me detuve y callé como los otros, procurando deducir de la actitud de los que tenía más cerca la causa de aquella parada en seco. Todos habían entornado las cabecitas en una contorsión violenta y miraban al cielo, por los intersticios de las ramas, con un ojo fijo y brillante en que se retrataban el terror y la ansiedad mal reprimidos.

Imitéles yo y vi allá arriba, muy arriba, un pájaro grande, sostenido por largas alas, que al parecer no se movían y que, describiendo amplia espiral, descendía lentamente, con la clara intención de venir á parar al álamo, donde el instinto le aseguraba abundante presa.

Era el milano.

Pasados los primeros instantes de estupor, hicimos un esfuerzo para escapar á aquella fascinación casi telepática que nos dominaba y rendía, y toda la bandada huyó en distintas direcciones. Yo caí en la tapia, y aprovechando el hueco que dejaban dos pedruscos mal unidos, me acurruqué, reduciéndome cuanto pude, muerto de miedo y de fatiga, sin perder de vista al ave rapaz, que seguía cerniéndose sobre la huerta trayendo la muerte en las garras.

Horas pasaron antes de que me atreviera á salir del agujero salvador, y sólo cuando, después de recorrer con la mirada el horizonte, me convencí de que ni sombra de milano aparecía por ninguna parte, me planté sobre la tapia á desentumecerme y espolvorearme, recibiendo como una bendición de Dios la plena luz del medio día.

Y viendo muy cerca, precisamente en el ángulo, una hermosa higuera cuyas brevas estaban diciendo «comedme», allá me³ fuí pián pianito, saltando por el lomo del bardal, para no gastar la fuerza de las alas inútilmente. Aquella parte de la tapia daba á una calleja estrecha y solitaria, cuya acera de enfrente estaba formada por casuchas de adobes. . . El convento que iba á albergarme radicaba indudablemente en un poblachón de Castilla.

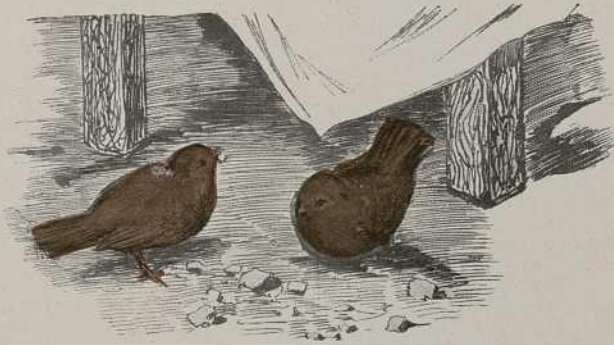
Cuando me faltaba poco para llegar, y al dar



la vuelta á la esquina precisamente. . . ¡trás!, un chinarro como un garbanzo vino á caer delante de mí con un ruido seco, levantando un poco de tierra. Me detuve instintivamente y miré hacia la calle. En la ventana de una casa de adobes, un motalbete desharrapado cargaba un tirador de gomas con el propósito de repetir la suerte; pero yo no quise esperar á ver el resultado: volé á la higuera, y para quitarme de encima el susto me puse á picotear furiosamente en la breva que me pareció más madura.

Y así me pasé todo el santo día, huyendo, desconfiado y medroso, de este ó el otro enemigo, picando aquí y allá de lo que buenamente podía, bebiendo en los charcos y buscando en vano por todos los árboles el nido de mis mayores. Al fin, al ocultarse el sol, y después de muchas pesquisas y reconocimientos, vine á meterme, triste y solo, en una resquebrajadura de la cornisa más alta del caserón, donde llegué tras ímprobos trabajos. No era muy abrigado ni ofrecía grandes seguridades el escondrijo, pero bueno estaba para pasar una noche estival serena y templada, y Dios proveería más adelante.

Lo malo fué que, examinando despacio mi situación, con el pico bajo el ala y esponjado como un erizo para llamar al sueño, di en pensar en los infinitos peligros de la independencia, me acordé del gato, del fraile, del milano, de aquella calleja solitaria donde no habría llegado la civilización, pero habían llegado los tiradores de gomas. . . y no pude pegar los ojos en toda la noche.



IX

Renuncio á describir detalladamente mi brujuleo por el mundo, porque no tuvo nada de particular, y todos los días se parecían al primero como un huevo á otro.

Dos meses después, en Septiembre, según mis cálculos, ya había empezado á cumplir mi misión de gorrión honrado, construyendo un nido y fundando una familia. Encontré á mi compañera del modo siguiente.

Una tarde, harto de insectos y de frutas, me entraron unas ganas rabiosas de comer trigo fresco. Un olorcillo acre de paja seca venía á mí para excitarme el apetito, y acostumbrado ya á sortear peligros y salvar obstáculos, salí resueltamente del tejado del convento y, rasgando la atmósfera sobre las miserables casucas de la aldea, me encontré en pleno campo.

Era la hora de la siesta. Polvo espeso cubría la amarillenta llanura, dormían en las eras motriles y gañanes á la sombra de los carros cargados de mies, yacían los trillos abandonados sobre las parvas extendidas, y descansaban las mulas sin

otra ocupación que la de espantarse las moscas y hundir los hocicos en las cebaderas.

La ocasión era que ni pintada. Descendí lentamente, y con las debidas precauciones me acerqué á un respetable montón de granos acabaditos de limpiar y rubios como el oro. Muchos de mis congéneres habían tenido, por lo visto, la misma saludable idea, porque en torno al montón me encontré hasta cuatro docenas de gorriones llenándose tranquilamente la andorga. ¡Dios de Dios, qué banquetel!

Tan satisfechos y alegres estábamos que, olvidando hasta los rudimentos de la prudencia, ninguno quiso someterse á la tortura de gozar en silencio, y lo que empezó en un «chau, chau» rumboso y suave, acabó en una chillería espantosa, que venció la modorra de un zagalón como un castillo que reposaba allí cerca.

El cual zagalón, más por el gusto de hacer daño que por defender la hacienda de su dueño, agarró, sin que nos percatáramos de ello, la vara de arrear al ganado, que á su alcance tenía, y la lanzó contra el alborotado grupo con todas sus fuerzas.

Zumbando vino á hundirse en el montón y de milagro no ocasionó víctimas; pero nos acometió el pánico, y en menos que se cuenta no quedó un pardal en doscientos metros á la redonda. Yo, cuando me dirigía con toda la rapidez posible á buscar el amparo de mi cornisa, noté que no volaba solo. Me acompañaba una hembra que, á la cuenta, no tenía allegados ni parientes, y en aquel peligroso trance buscaba por instinto el apoyo de un macho bien cebado y robusto, como era el ilustre conde de Santiago del Val en aquellos momentos.

Justamente estaba yo en edad y condición en que semejante compañía me venía de perlas, y la llama del amor surgió espontáneamente en ambos corazones en cuanto nos repusimos del susto.

Pocos días después, los precisos para buscar, juntar y unir á toda prisa pajitas, hierbajos y plumas, el San Antonio de Padua que descansaba hacía siglos en una de las hornacinas de la fachada principal del convento, no sostenía solamente en sus brazos un niño de piedra. Sostenía también, cuidadosamente afianzado y oculto en las arrugas de una manga, nuestro nido conyugal, fuente de amor y manantial de vida. . .

Y cuando llegaron los días cortos y tristes del invierno, en que la alimentación se nos hizo difícil por hallarse yermos los campos, aletargadas en ignotos escondrijos las moscas y desnudos los árboles de la huerta, el cariño nos compensó con creces las privaciones.

Que, á decir verdad, no fueron muchas. Porque un poco más abajo de la hornacina que preservaba de aguaceros y ventiscas al niño Jesús, á San Antonio de Padua y á nosotros, se abrían las

ventanas del refectorio, por donde unas benditas manos sacudían los manteles después de las comidas.

Escasas y poco substanciosas eran las migajas que llegaban al suelo, porque sin duda las reglas de la orden no consentían en la mesa viandas sabrosas y abundantes, pero íbamos tirando y eso teníamos que agradecer á la Providencia.

Un día amanecieron las calles, los tejados, la campiña toda cubiertos por espesa capa de nieve. Millares de pajarillos se habrían helado aquella noche. Mi compañera y yo, tristes por el presentimiento de una desdicha próxima, esperábamos ateridos y hechos dos bolas, sobre el carámbano que bordeaba la cornisa, el momento de la sacudida de los manteles, y los minutos se nos hacían siglos. La temperatura era irresistible; el calor del nido nos atraía, pero el hambre apretaba como un dolor.

Al fin se abrió una de las hojas de la ventana más próxima, y ambos nos erguimos ansiosamente aguardando la benéfica lluvia. Pero la lluvia no vino; pasó un rato largo y nadie sacudió nada. ¡Cielos! ¿No habrían comido los frailes aquel día, ó se lo habrían comido todo?

No era posible seguir un momento más en la duda, y espoleados por la necesidad y sin ponernos de acuerdo, abandonamos el carámbano y salta- mos al alféizar.

En el aposento no había nadie; las sillas que rodeaban la mesa estaban desocupadas, y sobre éstas quedaban aún pedacitos de queso, mondajas de manzana, trozos de pan blanco. . . ¡las vituallas suficientes para todo el invierno, si lográbamos trasladarlas á la hornacina antes que el fámulo volviera!

En el acto nos pusimos los dos á la tarea con febril entusiasmo. . . y con todo género de precauciones. . . Pero en uno de los viajes, cuando mi pardala salía con un regular cacho de pan y yo caía sobre la mesa dispuesto á cargar con una gentil corteza de queso, una ráfaga de viento, enviada por el diablo, sopló repentinamente y cerró de golpe la ventana.

Aterrado y loco aleteé furiosamente contra el cristal, ¡como si mis débiles fuerzas fueran suficientes para romperlo!, mientras mi compañera, alarmada por el ruido, volvía al alféizar y pretendía socorrerme en vano. ¡Qué horribles instantes aquellos! Yo prisionero, ella sin amparo, nuestra felicidad rota y nuestras vidas en peligro. . .

Ói pasos fuera y apenas tuve tiempo para arrojarme al suelo y ocultarme bajo el armario en que se guardaba la vajilla. Allí lo pensé mejor y tuve un rayo de esperanza. Sin duda, el lego abriría de nuevo la ventana para hacer la limpieza, y yo aprovecharía la ocasión para recobrar la libertad. En esta confianza esperé, pero pronto tuve que perderla. El hombre, valiéndose de un cepillo, recogió calmosamente los residuos en una bandeja y se marchó por donde había venido. Aquel día, sin duda por no pillar un resfriado, prescindió de las sacudidas.

Cuando transcurrió mucho tiempo y yo me convencí de que en el refectorio no había un alma, torné á los cristales, forjándome la ilusión de que el viento que había cerrado la ventana podría abrirla de nuevo, por mi conveniencia y gusto.

Pero el viento no hubiera podido complacerme, aunque quisiera, porque el lego había tenido la diabólica precaución de echar la falleba, y tuve que contentarme con ver cómo revolaba tristemente al otro lado la pájara de mis ensueños.

— No te apures y tengamos calma — quería yo decirle con los ojos —; ó no hay lógica en el mundo ó todo se reduce á pasar una mala noche. Mañana abrirán aquí aunque no sea más que para airear la habitación, y cesará este suplicio.

¿Me entendió ella? Seguramente sí, porque siguió más tranquila brincando en el alféizar, y al caer la tarde me dirigió una larga mirada de amor y voló hacia el nido.

Yo torné á mi escondite y me acomodé lo mejor que pude para esperar sosegadamente al nuevo día. Pero después encendieron luces, prepararon las viandas, vinieron los monjes y cenaron. . .

Cuando todo quedó de nuevo sumido en densa obscuridad, me quedé dormido. . .

Y ¡ay de mí! No volví á despertar del todo. Cuando soñaba que me habían cazado los frailes y me habían metido en una jaula preciosa, donde pensaban regalarme con alpiste fino y cañamones machacados, vi ó creí ver dos objetos redondos y brillantes que se me acercaban lentamente. Y al intentar desperezarme para sacudir la pesadilla, sentí que me atravesaban el cuerpo acerados garfios. . .

El gatazo negro de la huerta, que merodeaba por el comedor, me había olfateado indudablemente, y la pobre gorrióna que dormía plácidamente á aquellas horas en brazos de San Antonio de Padua, se había quedado viuda sin saberlo.

X

Pasaron meses y volvió la primavera.

Cuando desperté de lo que yo creía mi sueño y pude darme cuenta exacta y cabal de mi situación, me encontré revoloteando en un jardín magnífico, en torno á una estufa cuajada de macetas y perseguido muy de cerca por un gorrión que abría el pico con el decidido propósito de comerme.

¿Qué diablos significaba aquello? ¿Por qué pretendía devorarme uno de mis hermanos y por qué no me atrevía yo á hacerle frente?

En uno de los incidentes de la huída, pasé sobre un estanque á ras del agua y. . . encontré la clave del misterio. Porque vi, como en un espejo, á mi perseguidor volando por allá arriba, y en el sitio que debía ocupar mi imagen no se destacaba la de otro gorrión, como parecía natural, sino la de un mosquito trompetero.

Aunque el cerebro en que podía funcionar entonces cabría holgadamente bajo la punta de un alfiler, fácil me fué recapacitar y reconstruir los hechos tal y como habrían pasado, seguramente.

En aquella noche de nevada, mientras el pájaro infeliz quedaba en el refectorio atravesado por aceradas uñas, á mil leguas del convento y entre el lacio musgo que bordeaba un estanque helado, un racimo formado por millares de larvas recibía el primer soplo de vida. Y en su soplo iba una parte infinitesimal del caballero gran cruz de Isabel la Católica, que acababa de abandonar su estuche de plumas.



Con el calor del sol, que abría los botones de las plantas y rompía las tenues y microscópicas envolturas de los gérmenes, las larvas se desentumecieron, engrosaron, adquirieron alas desproporcionadas para sus cuerpos, salieron zumbando los cínifes á recibir las caricias de la luz y del aire, y D. Juan Manuel Monteleón y Aguilar del Monte plantó sus numerosas patas largas y negras en el perfumado cáliz de una peonía.

Y véase por dónde la convicción, robustecida por la experiencia, de que mi espíritu, disgregándose cada vez más, iba de los seres superiores á los inferiores, descendiendo siempre en la escala, al contrario de lo que creen los teosofistas, y la seguridad de que la vida de un insecto de mi clase rara vez llega á una semana, me sugirieron la idea de resistir cuanto fuera posible y alargar aquélla para no caer en otra peor.

Me separé del compacto grupo que se agitaba sobre el légamo, con el afán de pasar desapercibido y evitar los peligros que amenazaban cons-

tantemente á la masa, y recorrí detenidamente el terreno.

El jardín en que había nacido, grande y bien cuidado, rodeaba un hotelito flamante y coquetón, con su marquesina de cristales en el entresuelo y su terraza en el primer piso. Puertas y ventanas estaban cerradas herméticamente; dentro no se percibía ruido alguno, y por fuera no andaban otros seres que un mastín, que de vez en cuando salía de su caseta para desperezarse, y un jardinero entrado en años que recorría, regadera en mano, los enarenados senderos.

Del lado allá de la verja se veían algunos otros hoteles desperdigados, algunas casitas bajas y unos cuantos solares, con la choza del guardián en el centro. En un momento me hice mi composición de lugar é inventé mi novela.

Estábamos, sin duda, en uno de los barrios extremos de una población importante, y aquel hotelito no era un hogar con lares ni penates ni Cristo que lo criara, sino regalo de un señor res-

petable á una mocita alegre, y punto reservado de entrevistas de tapadillo. ¡Milagro sería que me equivocase!

Llegó la obscuridad de la noche sin que supiera á qué atenerme, porque el silencio, la calma y la soledad seguían reinando en los alrededores, y con las sombras me invadió lentamente un sopor que me fué privando del sentido sobre la hoja de una yuca. Si llegaba el relente y me sorprendía en semejante posición, en aquel punto terminaba la historia; pero yo no podía remediarlo. . .

Por fortuna, á media noche vino impensadamente á sacarme del letargo una vivísima claridad que, saliendo á torrentes por el hueco de una ventana, envolvía la yuca en haces de oro. Fascinados por aquella luz nos precipitamos en el interior, y no paramos hasta dar con las alas en el cristal de la bombilla tres ó cuatro mariposas menudas, que á los pocos momentos caían al suelo atontadas, y hasta media docena de címfes.

La habitación en que nos habíamos metido casi involuntariamente, y que me iba á hacer el favor de resguardarme del fresco de la madrugada, era un gabinete precioso, adornado y amueblado con todos los refinamientos del gusto, y en el cual, ante un magnífico armario de tres lunas, se despojaba de adornos y de ropas, despacito y como recreándose en su belleza, una mujer que era un encanto.

Pero á mí no se me despintaba la casta. Mi novela no era un disparate, y aventurilla escabrosa teníamos. Mis compañeros de excursión tomaron posiciones para caer en el momento oportuno sobre aquellos hombros redondos y blancos que invitaban al picotazo aleve, y unos fueron á posarse en las paredes y otros en el techo.

Pero yo, que por las razones antes expresadas había tomado bastante apego á mi nueva vida, observé que uno y otras estaban tapizados con telas de colores claros, y por si la señora, como era de temer, les tenía tirria á los mosquitos, tomé el partido de colocarme en uno de los adornos del armario, donde no era posible distinguir mi figura, que sobre el fondo negro no se destacaba poco ni mucho.

Y allí me quedé, sin la menor intención de hacer daño á nadie en toda la noche, y con el único fin de esperar á que calentara un poco el sol para tomar las de Villadiego. Estaba escrito, sin embargo, que no se realizaran mis planes y que aquella atrevida excursión, tan felizmente comenzada, acabase pronto y de mala manera.

Porque la chica guapa, en cuanto se despojó por completo de sus atavíos *de calle*, se cubrió con una especie de túnica finísima y elegante que dejaba al aire los torneados brazos y el ebúrneo seno, tomó de la mesita un periódico *con monos* y se dejó caer indolentemente en una butaca colocada por capricho del diablo á dos pasos del armario de tres lunas.

La tentación era demasiado fuerte y yo la resistí cuanto pude; pero pude poco. Aquella carne sonrosada y fresca era bocado demasiado exquisito para que le rechazara un mosquito infeliz que todavía no había probado la sangre. Caí, pues, sobre el alabastrino cuello, de piel apetitosa y suave, y me posé con delicadeza tal, que la dueña de semejantes tesoros no me sintió siquiera.



Escogí á mi sabor el sitio, piqué un buen rato con fruición, con deleite, y escapé volando á tiempo que una mano de nieve caía violentamente sobre la roncha. De aquella primera tentativa habíamos salido bien, á Dios gracias.

Pero el escozor seguía, aumentado por el roce de la ñiña limpia y recortada que pretendía aplacar, y la señora, que no podía continuar con calma la lectura, se levantó como asaltada por una idea repentina, y echando mano á una tohalla, empezó á recorrer cautelosamente el cuarto, examinando las paredes.

De vez en cuando se oía un «¡plaf!» estridente y seco, seguido de un «¡ah, ladrón, ya caistel!», cosas ambas que indicaban que, por mi culpa, iban feneciendo uno á uno los imprudentes compañeros que se habían posado sobre el fondo claro del brocatel ó lo que fuera.

Satisfecho de mi precaución y algo arrepentido de la calaverada que tales desventuras estaba ocasionando, prometíame no volver á las andadas cuando ví que la mujer hermosa suspendía de pronto su labor de exterminio y se volvía sonriente y afable hacia la puerta.

Aparecía en ella el señor respetable que yo había soñado, de engomado bigote canoso, calva reluciente, piernas cortas, abdomen abultado y pescuezo de novillo; pero atildado, pulcro y adornado de piedras preciosas.

Descubrióse al entrar y se limpió la calva con un pañuelo de seda. Venía sofocado, jadeante, con las mejillas como la grana y los ojos echando lumbre. El espectáculo que se le ofrecía no era para menos, porque con el ajeteo de la matanza se le había descompuesto un poco á la mujer la túnica y Satanás no podía soñar incentivo mayor para el pecado...

Yo no la miraba desde que se presentó el caballero; me atrajeron con fuerza irresistible aquellos carrillos que brotaban sangre, y partiendo como una exhalación, me posé en el derecho. Llegábase á él la dama en aquel instante con los brazos abiertos cariñosamente, tal vez á depositar un ósculo de paz y bienvenida en el sitio mismo en que yo me disponía á clavar la trompa, y á esta misma circunstancia se debió, sin duda, que me distinguiera perfectamente, y que, enojada aún por la picadura, y ansiosa de aplastarme, soltara al recién llegado un cachete de revés que sonó como un tiro.

El hombre, que esperaba un beso y se encontró con todo lo contrario, se quedó petrificado y viendo visiones, mientras la señora no podía explicarse de pura risa, y yo saboreaba el chasco, sano y salvo, á dos metros del lugar de la catástrofe.

Se amoscaba el buen señor á ojos vistas por no comprender lo que significaba aquello; apretaba ella en sus carcajadas á medida que se atufaba el otro, y aquella situación estrambótica y rara no hubiera tenido fin, á no ocurrírseme la endiablada idea de poner el sello á mi audacia.

Cuando la mujer volvía á acercarse, procurando detener la risa hasta explicar el caso, yo torné á posarme en el brillante cuero cabelludo del gordo y clavé el pincho con toda mi alma, con el propósito de sacar todo el partido posible y escapar en seguida.

Pero esta vez eché mal mis cuentas. Una mano corta y velluda se alzó como un ariete, y por pronto que quise abandonar el campo, me cortó la retirada y me despachurró sobre el cráneo de su propio dueño, quedando, como única prueba de mi breve existencia de mosquito, un puntito negro rodeado de manchas rojas en la calva de un señor respetable, que, con el mayor sigilo, se permitía sus escarceos amorosos en un hotel de las afueras de no sé dónde.

XI

Extremadamente difícil me va á ser explicar lo que pasó luego de modo que se entienda.

Porque en el momento de abandonar los restos del insecto, me sentí encerrado en otro organismo vivo; pero tan simple y rudimentario, que para nada ó casi nada necesitaba del espíritu.

Ni la aproximación de una sospecha me era posible tener respecto al sitio del universo en que estaba, ni siquiera del astro en que yacía, y únicamente una impresión de humedad perpetua y de asimilación de sales que servían para la nutrición de la masa informe y la lenta formación de su costra, me daba leves indicios de que pudiera hallarme en un mar...

Pero ¿en cuál mar, por qué y cómo?

Ello tenía que quedar en el misterio eternamente, puesto que mi espíritu podía ejercitar sus potencias, pero no estaba dispuesta para ello la materia de que le era dado servirse.

Sin embargo, evolucionando y trabajando pesadamente en aquella prisión despreciable, ordenando con una dificultad enorme las escasas sensaciones que recibía, y relacionando su propia viscosidad el caparazón, las sales y el agua, vino á sacar una consecuencia verdaderamente lamentable.

Que estaba en una ostra.

Y ¡vive Dios! que no había podido venir á menos el insigne caballero condecorado por Su Majestad, asombro y admiración de sus conterráneos y mil veces *bombecado* por la Prensa local de todos los matices.

Los actos de mi vida se reducían á abrir las valvas, haciendo jugar la charnela para que el líquido circundante me bañara y nutriera, y á cerrarlas rápidamente cuando el más ligero roce me indicaba la proximidad de un cuerpo que pudiera dañarme.

De ese modo, como comprenderá el lector más torpe, mi existencia tenía que ser forzosamente muy larga.

No lo fué, sin embargo, porque la destrucción de aquella pulpa llegó oportunamente cuando yo buscaba el modo de separarme de ella por medio del suicidio, y no lo encontraba á tres tirones. ¡Una almeja no puede quitarse de en medio de ninguna manera!

Sentí una vez, no sé si de día ó de noche, porque ¡qué más hubiera yo querido que poder saberlo!, un choque levísimo en el borde de una de mis tapas, que tenía separadas para lubricarme, y en cuanto los ganglios recibieron la sensación se me encogió instintivamente el cuerpo para cerrarlas.

Pero se encontraron con un obstáculo que lo

impedía, y se quedaron entreabiertas. Por la abertura penetró en seguida un cuerpo duro y aguzado, que con un movimiento rápido arrancó de cuajo ligamentos y adherencias, y en un santiamén dejó vacía la cáscara.

El asesino era un cangrejo.

Saben estos animalitos, para quienes los moluscos son exquisito manjar, que si se atreven á meter las pinzas entre las valvas para extraer el bicho sin tomar las debidas precauciones, corren el peligro de que un cierre violento les pille en una especie de cepo, de que no podrán salir sin perder la pata.

Y, alleccionados por la experiencia, cuando salen á esta clase de caza llevan consigo á prevención un chinarro, que hace el oficio del corcho que suelen colocar entre las mandíbulas los médicos que necesitan operar en la garganta, para ahorrarse mordiscos del paciente.

Por esta hábil estratagema cayó, víctima de la voracidad del enemigo, la ostra ó lo que fuere, en que yo tenía la incomodidad de albergarme, y allá abajo quedó, en las silenciosas profundidades del piélagos, la concha en que, durante tanto tiempo, había pasado las de Caín el bueno de Monteión y Aguilar del Monte.

XII

Y ya no sé más.

La sencillísima organización del molusco era una máquina complicada en comparación con la trama de filamentos y fibras en que me hallé metido de pronto. Tan corta era la cantidad de fluido que aquel sér necesitaba para subsistir, que toda mi misión se reducía á agitarme en vibraciones tenues, lentas, imperceptibles, las estrictamente precisas para que el fenómeno de la capilaridad se verificara sin tropiezos.

Para explicarla en forma concreta es necesario que la fuerza inmaterial y desconocida, de que hablé al principio, la que palpita en el fuego de los soles y mueve miriadas de mundos, lleve ahora la mano de este hombre dormido y cuente cómo el espíritu que animó á D. Juan Manuel, á *Machaco*, á un gorrión, á un cñife y á una ostra, sin desprenderse jamás del gran todo indivisible y eterno, vibraba ahora en las raíces de un rosal que, revueltas y retorcidas, chupaban incesantemente los jugos de la tierra.

Sí, allí estaba yo; allí estoy aún sin otra ocupación que la de abrir los poros de las hojas para robar al aire el ácido carbónico que ha de nutrir mis células, y la de imprimir á éstas la fuerza que necesitan para absorber el agua del suelo y de la atmósfera.

Por fortuna, mi vida depende ahora de la veracidad de los agentes exteriores, y alguien, sin duda, vela por mí y por mis compañeros.

¿Quién es este alguien?

Para el rosal, que no puede hacer otra cosa que crecer y agostarse cuando le llegue su hora, su generoso protector será siempre un misterio. El sabio de pega que, contra su voluntad, ha manchado este rimero de cuartillas, lo sabrá cuando llegue á este punto, porque, para el espíritu que le ha tomado de amanuense, nada hay ignoto.

La mano hábil que corta, poda, limpia y riega tan oportunamente, pertenece á un jardinero municipal que cobra por hacerlo. Pero no de fondos del Ayuntamiento, en buen hora se diga, porque en ese caso, sabe Dios cómo andaría la paga y cómo estarían los rosales, sino de la caja de una testamentaria honradamente administrada, cuyos gerentes perpetúan de tal modo la memoria del testador que, á su paso por el mundo, había dejado tras sí un rastro de donaciones espléndidas.

¡Lástima grande que mis rosas no tengan ojos!

Si este milagro pudiera hacerse, yo vería ahora, cuando el aire vivificante de la primavera me abre los botones y gallardean entre aterciopelados pétalos estambres y pistilos, que el jardín de que formo parte, defendido por una verja, rodea el pedestal de una estatua...

Y que en este pedestal, precisamente en la parte que tengo enfrente, una plancha de mármol ostenta la siguiente inscripción en grandes letras de bronce:

AL ILUSTRE FILÁNTRORO
DON JUAN MANUEL MONTELEÓN Y AGUILAR,
CABALLERO GRAN CRUZ DE ISABEL LA CATÓLICA,
CONDE DE SANTIAGO DEL VAL,
ETC., ETC., ETC.,
¡¡LA HUMANIDAD AGRADECIDA!!

Así: la humanidad entera, entre admiraciones y todo. Los señores de la comisión me habían adivinado el gusto.

Y mi espíritu, en ondas impalpables, va continuamente del rosal á la efigie, llevando como un homenaje de extraña egolatría el amoroso rumor de mis hojas verdes y el delicado perfume de mis flores recién abiertas.

* * *

Todo esto es lo que leyó, escrito de su puño y letra, sobre la firma del Conde de Santiago del Val, el hombre ilustre que, en mal hora, se había comprometido á amenizar una velada, disertando sobre las evoluciones de la materia cósmica.

¿Será necesario pintar su asombro?

Luis de Selgado

FIN

El Cuento Semanal

PUBLICA EN SU NÚMERO PRÓXIMO

EL SOLAR DE
LA BOLERA

Novela de PEDRO DE RÉPIDE

El Cuento Semanal

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1.º Jacinto Octavio Picón: *Desencanto*.
- 2.º Jacinto Benavente: *La sonrisa de Gliconda*.
- 3.º Gregorio Martínez Sierra: *Aventura*.
- 4.º Eduardo Zamacois: *La cita*.
- 5.º Salvador Rueda: *La guitarra*.
- 6.º Antonio Zozaya: *La maldita culpa*.
- 7.º Emilia Pardo Bazan: *Cada uno...*
- 8.º Joaquín Dicenta: *Una letra de cambio*.
- 9.º Felipe Trigo: *Reveladoras*.
10. José Frances: *El alma viajera*.
11. Eduardo Marquina: *La caravana*.
12. Juan Pérez Zúñiga: *La soledad del campo*.
13. Pedro de Répide: *Del Rastro a Maravillas*.
14. Manuel Bueno: *Gutierrez el apasionado*.
15. Manuel Linares Rivas: *La espuma del champagne*.
16. Pedro Mata: *Ni amor ni arte*.
17. Amado Nervo: *Un sueño*.
18. Alejandro Sawa: *Historia de una reina*.
19. Francisco Villaespesa: *El milagro de las rosas*.
20. S. y J. Alvarez Quintero: *La madrechita*.
21. Sinesio Delgado: *El fin de una leyenda*.
22. E. Ramírez-Angel: *De corazón en corazón*.
23. Alejandro Larrubiera: *La conquista del jándalo*.
24. Mauricio López-Roberts: *Las Tres Reinas*.
25. Carmen de Burgos (Colombine): *El tesoro del castillo*.
26. F. Serrano de la Pedrosa: *¡Por malas!*
27. Pablo Parellada: *Pompas de jabón*.
28. Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa*.
29. Manuel Ugarte: *La leyenda del gaucho*.
30. Mariano Vallejo: *Deuda pagada*.
31. Arturo Reyes: *La Moruchita*.
32. Angel Guerra: *Al „jallo“*.
33. Rafael Leyda: *Santificar las fiestas*.
34. Cristóbal de Castro: *Luna, luna...*
35. Ricardo J. Catarineu: *Almas errantes*.
36. Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión*.
37. Claudio Frolo: *Cómo murió Arriaga*.
38. Antonio Palomero: *Don Claudio*.
39. Pompeyo Gener: *Últimos momentos de Miguel Servet*.
40. Carlos Luis de Cuenca: *¡Lo que son las cosas!*
41. J. López Pinillos: *Frente al mar*.
42. Blanca de los Ríos de Lampérez: *Las hijas de don Juan*.
43. Julio Camba: *El destierro*.
44. Miguel Sawa: *La Muñeca*.
45. Luis Bello: *El corazón de Jesús*.
46. José Ferrándiz: *El «Días irā» de San Huberto*.
47. A. R. Bonnat: *Un hombre serio*.
48. Alberto Insúa: *Las señoritas*.
49. J. M.ª Salaverría: *El literato*.
50. Apeles Mestres: *La espada*.
51. Blanco-Belmonte: *La ciencia del dolor*.
52. Rafael Salillas: *Quiero ser santo*.
53. Número - Almanaque: *Del camino*, por Joaquín Dicenta. Publica, además, este número notables trabajos literarios de J. O. Picón, J. Pérez Zúñiga, M. Linares Rivas, etc., y profusión de grabados en colores, historietas, etc. Precio del Número-Almanaque: 50 céntimos.
54. Manuel Linares Rivas: *Un fiel amador...*
55. Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos*.
56. Eduardo Marquina: *La «Muestra»*.
57. Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril*.

Estas novelas se venden, al precio de 30 céntimos ejemplar, en nuestra Administración, Fuencarral, 90, y en las librerías, kioscos y puestos de periódicos de toda España.

CORSES DE NOVIA

„LA HURI“

Casa de Moda



NUEVO MODELO
CONDE DE XIQUENA, 2
(Antes Salesas)
ESQUINA A PRIM

Epilepsia ó
accidentes
nerviosos

CURACIÓN RADICAL
aun en los casos en que fracasa la medicación polibromurada, con las

Pastillas antiépilépticas de OCHOA

No quitan el apetito
No deprimen
Cortan rápidamente los accesos.

DENTADURA. SIEMPRE SANA, SIEMPRE LIMPIA Y PERFUMADA, CON EL MEJOR DENTÍFRICO, LICOR POLO

RECOMENDAMOS, POR SUS PRECIOS Y NOVEDADES, LA JOYERÍA DE M. GONZÁLEZ - MONTERA, 22.

AGUA DE COLONIA CONCENTRADA

Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto
ALVÁREZ GÓMEZ - Calle de Peligros, núm. 1 duplicado.

Café superior en grano PUERTO RICO, CARACOLILLO Y MOKA
6,50 - EL KILO - 6,50
MANUEL ORTIZ - CALLE DE PRECIADOS 4

PÉREZ MOLINA Último „chic“ en pulseras de pedida y botonaduras de brillantes.
... CARRERA DE SAN JERÓNIMO 28 ...

Perfume CAKE - VALK Ruy - Ram
EL MÁS NUEVO Y PERMANENTE * Pídase en todas las perfumerías

CONTRA LA CAIDA DEL CABELLO

CEJAS, BARBA

Se recomienda el uso inmediato del Maravilloso




PETROLEO HAHN Antiseptic

El celebre regenerador del Cabello empleado y prescrito por los medicos de mas fama.
DECONSEJADO DE LAS IMITACIONES
Exigir el PETROLEO HAHN de VIBERT
Quimico. 89, Avenue des Ponts en LYON (Francia)
El unico eficaz como lo prueban 25 años de exito creciente
Deposito en todas las Droguerías y Perfumerías.

El Cuento Semanal

Revista ilustrada

Publica en cada número una
novela de autor español
inédita y completa

NÚMEROS PUBLICADOS EN 1907

- 1.º Desencanto (novela), por Jacinto Octavio Picón.
- 2.º La sonrisa de Gioconda (bocetos de comedia), por Jacinto Benavente.
- 3.º Aventura (novela), de G. Martínez Sierra.
- 4.º La cita (novela), por Eduardo Zamacois.
- 5.º La guitarra (drama en tres actos, y en prosa), por Salvador Rueda.
- 6.º La maldita culpa (novela), por Antonio Zozaya.
- 7.º Cada uno... (novela), por Emilia Pardo Bazán.
- 8.º Una letra de cambio (novela), por Joaquín Dicenta.
- 9.º Reveladoras (novela), por Felipe Trigo.
- 10.º El alma viajera (novela), por José Francés.
- 11.º La caravana (novela), por Eduardo Marquina.
- 12.º La soledad del campo (novela), por Juan Pérez Zúñiga.
- 13.º Del Rastro a Maravillas (novela), por Pedro de Répide.
- 14.º Guillermo el apasionado (novela), por Manuel Bueno.
- 15.º La espuma del champagne (comedia en un acto), por M. Linares Rivas.
- 16.º Ni amor ni arte (novela), por Pedro Mata.
- 17.º Un sueño (novela) por Amado Nervo.
- 18.º Historia de una reina (novela), por Alejandro Sawa.
- 19.º El milagro de las rosas (novela), por Francisco Villaespesa.
- 20.º La madrecita (novela), por S. y J. Alvarez Quintero.
- 21.º El fin de una leyenda (novela), por Sinesio Delgado.
- 22.º De corazón en corazón (novela), por E. Ramírez-Angel.
- 23.º La conquista del jándalo (novela), por Alejandro Larrubiera.
- 24.º Las Tres Reinas (novela), por Mauricio López-Roberts.
- 25.º El tesoro del castillo (novela), por Carmen de Burgos Seguí (Colombine).
- 26.º ¡Por malas! (novela), por F. Serrano de la Pedrosa.
- 27.º Pompas de jabón (novela), por Pablo Parellada.
- 28.º Artemisa (novela), por Ramón Pérez de Ayala.
- 29.º La leyenda del gaucho (novela), por Manuel Ugarte.
- 30.º Deuda pagada (narración histórica), por Mariano Vallejo.
- 31.º La Moruchita (novela), por Arturo Reyes.
- 32.º Al „jallo“ (novela), por Angel Guerra.
- 33.º Santificarás las fiestas (novela), por Rafael Leyda.
- 34.º Luna, luna... (novela), por Cristóbal de Castro.
- 35.º Almas errantes (novela), por Ricardo J. Catarineu.
- 36.º Confesión (novela), por Francisco F. Villegas (Zeda).
- 37.º Cómo murió Arriaga (novela), por Claudi Frollo.
- 38.º Don Claudio (novela), por Antonio Palomero.
- 39.º Últimos momentos de Miguel Servet (novela), por Pompeyo Gener.
- 40.º ¡Lo que son las cosas! (novela), por Carlos Luis de Cuenca.
- 41.º Frente al mar (novela), por J. López Pinillos.
- 42.º Las hijas de don Juan (novela), por Blanca de los Ríos de Lampérez.
- 43.º El destierro (novela), por Julio Camba.
- 44.º La muñeca (novela), por Miguel Sawa.
- 45.º El corazón de Jesús (novela), por Luis Bello.
- 46.º El «Dies iræ» de San Huberto (novela), por José Ferrándiz.
- 47.º Un hombre serio (novela), por A. R. Bonnat.
- 48.º Las señoritas (novela), por Alberto Insúa.
- 49.º El literato (novela), por J. M.ª Salaverría.
- 50.º La espada (novela), por Apeles Mestres.
- 51.º La ciencia del dolor (novela), por M. R. Blanco-Belmonte.
- 52.º Quiero ser santo (novela), por Rafael Salillas.

NÚMEROS PUBLICADOS EN 1908

53. Número - Almanaque: *Del camino* (novela), por Joaquín Dicenta. Otros trabajos de Octavio Picón, Pinedo, Linares Rivas, Eduardo Marquina, Rueda, Villaespesa, Machado, etcétera. Precio de este número: 50 céntimos.
54. Un fiel amador... (novela), por Manuel Linares Rivas.
55. Cómo delinquen los viejos (novela), por Antonio Zozaya.
56. La «muestra» (novela), por Eduardo Marquina.
57. La senda estéril (novela), por Arturo Gómez-Lobo.

Estas novelas se venden en todas las librerías y puestos de periódicos de España al precio de 30 céntimos.



Redacción y Administración: Fuencarral 90, Madrid

Kiosco de El Cuento Semanal: Alcalá 31

Apartado de Correos núm. 409.

Teléfono número 2.054.

